



# EL MOTÍN



Año XXXII.

Madrid, Jueves 21 de Noviembre de 1912.

Núm. 47

## D. José Canalejas

El martes á las once y media de la mañana fué asesinado en la Puerta del Sol, hallándose mirando unas estampas en el escaparate de una librería.

El asesino, viendo que iban á prenderle, se disparó los tiros que quedaban en el revólver.

El cadáver del Presidente del Consejo de Ministros fué conducido al ministerio de la Gobernación, y el asesino moribundo á la Casa de Socorro del distrito, donde falleció á la hora y media, sin haber podido declarar.

Por los papeles que llevaba encima se supo que se llamaba Manuel Pardina, y por los antecedentes adquiridos luego, que era anarquista.

Suprimo los detalles de lo ocurrido después, por haberlos divulgado profusamente toda la prensa, haciendo sólo constar: que la impresión que produjo el hecho fué hondísima, que el entierro fué una manifestación de duelo cual no he presenciado otra, que el rey concurrió á él y fué muy ovacionado, que el partido liberal ha sufrido un golpe rudo, que el Parlamento ha perdido un orador sin rival, el foro uno de sus abogados más ilustres, la patria uno de sus hombres más preclaros, su familia, un esposo amante y un padre bueno en todas las altas acepciones de esas palabras.

Me descubro respetuosamente ante el cadáver del asesinado Presidente del Consejo de Ministros, á quien nunca combatí con dureza.

Y no lo combatí, porque, aun cuando no hizo todo aquello á que sus antecedentes le obligaban, quizás porque no rudo, era una de las pocas luces que había encendidas aún en el altar de la Libertad, que cada día se ve más entenebrece y con menos fieles fervorosos postrados ante él.

## MI PROTESTA

Condené siempre, con más vehemencia que muchos, los crímenes de los anarquistas. Un escritor, que hace años alardeaba de profesar esas ideas, me lo echó en cara duramente un día. Ha tiempo que él pertenece al partido maurista, y yo sigo donde estaba y execrando cada vez más indignado esos crímenes ejecutados á sangre fría sin justificaciones de pasión política, sin esperanzas de renovaciones fecundas; y execrándolos, lo mismo cuando se ejecutan en reyes, que en presiden-

tes de la República, que en hombres políticos.

Sólo una vez lancé una frase de la que protesté públicamente luego.

Acababa de entrar en máquina el número de EL MOTÍN, cuando me dijeron que Mac-Kinley había sido asesinado.

Surgieron súbitamente en mi memoria Cuba, Puerto Rico, Filipinas... recordé mi patria desgarrada... pensé en las lágrimas y la sangre vertidas... en las exigencias brutales del Tratado de París...

Y tomé convulsivamente la pluma, y sin meditar, sin razonar, di en tres líneas la noticia, poniéndole este comentario feroz: ¡Me alegro!

Fuera de esta vez, mi acento se ha alzado siempre enérgico contra todos, absolutamente contra todos los atentados anarquistas, incluso el de la calle Mayor.

¿Que cómo entonces amparé al criminal? Porque hay deberes morales superiores á la ley.

Pero de todos los crímenes que he condenado, ninguno con tanta indignación como el asesinato de Canalejas.

En los demás, pudieron los asesinos perseguir éste ó aquél fin, satisfacer ésta ó aquella venganza; pero en el de Canalejas ¿cuál propósito ha podido haber, como no sea el de ver si se extingue por completo el poco espíritu de Libertad que va quedando? ¿Cuál, si no el de facilitar y entronizar la reacción?

Si el asesinato ha sido exclusivamente obra del que lo ejecutó, bien por adquirir notoriedad, bien por desequilibrio mental, nada tengo que decir: son fatalidades casi inevitables.

Pero si alguien se lo hubiese inspirado, ó á él lo hubiese inducido, ó para ejecutarlo le hubiese proporcionado medios, ese alguien, hombre, grupo ó partido, merece la execración de todos los amantes de la Libertad, porque á ella ha herido también, y no levemente, el tiro que ha matado á Canalejas.

Y yo, á todo hombre, á todo grupo, á todo partido que vaya contra la Libertad, ó contra España, sea en nombre de la doctrina que sea, reaccionaria ó avanzada, lo execraré siempre y lo combatiré como pueda; igual si es compatriota que si es extranjero; profese mis ideas ó las contrarias. Pues á despecho de esperanzas y engaños, siguen siendo los amores de mi vejez, los mismos que fueron los de mi juventud: la Patria y la Libertad. Y por esto soy republicano: porque no encuentro garantía mejor que la República para conservar las dos.

## SUPLICA

### A LOS RADICALES DE REUS

Llego á vosotros, queridos correligionarios, en son de súplica. Si al hacéroslo se me escapase alguna palabra que os disgustare, tenedla por no escrita.

Hace unos meses, no sé cuántos, con motivo del mitin que dió allí Melquiades Alvarez, hubo un incidente de los que desgraciadamente ocurren entre nosotros con frecuencia: varios republicanos se agredieron, y, por consecuencia de esto, aquella noche mató un joven republicano á otro é hirió al que le acompañaba.

No sé, ni deseo saber los detalles del hecho; no es necesario para el objeto que persigo. Más aún: hago recaer desde luego sobre el joven que mató, la responsabilidad material que pueda haber en un acto realizado sin premeditación y obediendo á exaltaciones de la pasión política.

Y después de hacer esta concesión, me permito preguntaros, jóvenes radicales de Reus:

«¿Creeis que, ni aun siendo así, podríais justificar la actitud en que os habéis colocado, pidiendo con voces de ira el castigo del culpable? Yo no lo creo.

Me explicaría que en los primeros instantes, en los primeros días, cuando la indignación hacia hervir vuestra sangre al pensar en el querido compañero muerto, hubiérais sacrificado una víctima más en el ara de nuestras lamentables discordias; pero no que hoy, cuando el tiempo, que calma todos los arrebatos, ha transcurrido en cantidad suficiente para dejar paso á la reflexión, os manifestéis tan ferozmente justicieros como á raíz del hecho.

Y á este propósito, y para demostrar que el tiempo calma todos los arrebatos y amortigua los anhelos de venganza más justificados y las ansias de justicia más vehementes, voy á relataros un hecho que en este instante en mi memoria ha surgido, y que ocurrió allá por los años noventa y tantos del siglo pasado en Tarazona.

Cometióse un crimen horrible: un pastor y dos zagales de corta edad fueron asesinados por dos bandidos llamados Lahuerta y Andía, que fueron aprendidos, procesados y sentenciados á la última pena.

La mañana misma en que iban á ser ejecutados, entró jadeante y alborozado en Tarazona un hombre de edad madu-



ra, padre de uno de los niños asesinados, á disfrutar el anhelado placer de asistir á la muerte de aquellos asesinos. El amor de padre y el espíritu de venganza habíanse fundido en una pieza en su corazón.

Llega á las inmediaciones de la cárcel... Ve el cadalso... Ve el enlutado carro que había de conducir á los reos... Ve todos los fúnebres preparativos del suplicio, y se conmueve de tal modo, y sufre tal sacudida, que huye velozmente, trémulo y sollozante, hacia su pueblo, repitiendo sin cesar:

—¡Los perdono!... ¡Los perdono!...

¡Y era padre!... ¡Y quizás el hijo asesinado fuera su único amparo!... ¡Y había saboreado voluptuosamente durante mucho tiempo la visión de aquel espectáculo!...

Y sin embargo, huyó. No quiero mezclar con el recuerdo santo de su hijo el de aquel momento de delectación vengativa.

Y es que la venganza es manjar para saboreado mentalmente: gustado, amarga.

Si me dijerais: «No se trata en este caso de venganza, sino de justicia. Todo el que delinque debe ser castigado. La impunidad incita al crimen. Las leyes se promulgan para que se cumplan». Si tal me dijerais, yo no os contentaría, por creer que me hablaban los representantes del pasado, no los heraldos del porvenir.

Mas perdonadme la suposición: eso no podéis decirlo vosotros. Eso lo dijeron los de la Defensa Social después de la Semana Trágica en Barcelona.

En lo que si quisiera que os fijáreis es en lo siguiente:

Constantemente estamos los republicanos pidiendo á los gobiernos monárquicos que indulten á los correligionarios que cometieron acciones penadas en el Código. Podrán ser algunas de esas leyes injustas, inicuas y hasta criminales moralmente; pero son leyes, y los gobiernos tienen la misión de aplicarlas y el deber de hacerlas cumplir.

Pues bien; si nosotros aparecemos hoy inexorables con aquellos de los nuestros que han caído dentro de ese mismo Código, antes de que los jueces hayan declarado aún su culpabilidad, ¿qué derecho tendremos para abominar mañana de esos gobiernos cuando no accedan á nuestras súplicas?

Pero quizás no haya debido yo hablaros de esto: las acciones generosas no deben sujetarse nunca á razones de conveniencia.

Sed generosos, porque si; porque sois jóvenes; sin razonarlo; sin pensar en el pro ni en el contra. Comprendo que quien ha vivido mucho, se fije en esas pequeñeces, y las analice, las discuta y las contraste antes de decidirse. ¿Pero los jóvenes? El más hermoso privilegio de la juventud es ese: practicar el bien sin enterarse.

Y sobre todo: no oscurzcáis tan temprano vuestra vida con acciones cuya bondad pueda mañana pareceros discuti-

ble, aunque hoy os parezcan justas. Huid de todo aquello que pueda ahuyentar de vuestros ojos el sueño.

Hay dos hombres en España á quien compadezco profundamente; Cotarelo y Ugarte. Quiero creer que ambos, el uno al denunciar á los Humbert y el otro al señalar á Ferrer como autor de los sucesos de Barcelona, creyeron honradamente servir la causa de la Justicia. Y, sin embargo, yo los compadezco. Hay deberes legales que causan espanto, como hay castigos justos, cuyos autores son muy culpables. Por esto prefiero oír constantemente á los clericales llamarme encubridor de asesinos por no haber servido á la Ley en la forma que aquellos dos hombres lo hicieron, á sostener discusiones constantes con mi conciencia sobre si debí ó no hacer lo que hice.

No pongáis á la vuestra, queridos correligionarios, en el compromiso de discutir mañana si obrasteis bien ó mal en esta ocasión. Dejad en libertad completa á los Jurados para que aprecien el hecho por los resultandos del proceso.

Como veis, no os pido que hagáis nada en favor del preso, sino que dejéis obrar libremente á los representantes de la Justicia popular. ¿O es que no tenéis confianza en ellos? Si así es, decidmelo, y yo os ayudaré á acentuar en sus espíritus la idea de que deben servir fielmente los intereses de la Justicia. Pero si la tenéis, no digáis ni hagáis nada que pueda, aunque sea equivocadamente, traducirse como indicio de presión para que ajusten á vuestros deseos su juicio.

Resumiendo:

Me aterra pensar en el espectáculo que daríais, si llegara el día del juicio oral sin haber depuesto vuestra actitud.

La voz del fiscal cayendo implacable sobre un hombre que no es criminal, aun cuando haya cometido un homicidio...

La del acusador privado, republicano para mayor desdicha, reforzando los cargos del fiscal y afanándose por agregar otros nuevos...

Los Jurados escuchando atentamente al uno y al otro, para poder formar luego un juicio exacto de los hechos, que les permita obrar en justicia...

El reo pensando acaso en que debería haber un medio de devolver la vida al que muere, sacrificando la suya el que mata...

Y vosotros, reflejando en vuestros rostros el deseo de que condenen á aquel desventurado; coreando mentalmente los cargos del acusador privado y el fiscal; inquietos y enojados ante los argumentos del defensor, y sin poder ocultar vuestro regocijo si la condena viene...

¡Oh! ¡Sería horrible!

Permitidme que no crea que ese espectáculo pueda darse entre hermanos, y que os describa este otro en que me atrevo á soñar todavía...

Renuncia á la acusación privada el abogado republicano y acusa solamente el fiscal. Ninguno de vosotros le escucha, porque aguardáis á la puerta de la Audiencia el resultado. Sentencian al reo á

presidio y os retiráis á vuestras casas sin la zozobra que debe sentir todo aquel que, directa ó indirectamente, y aunque sea por servir á la justicia, contribuye á que vaya á presidio un hombre.

Y ahora, supongamos lo contrario: que es abusado, y que al salir á la calle se arroja en vuestros brazos, y os ruega que lo acompañéis al cementerio donde reposan los restos del joven á quien mató, y se postra ante su fosa, la humedece con sus lágrimas, y desde allí se dirige con vosotros á pedir perdón á los padres del muerto, antes de ir á besar á los suyos, y...

¿Para qué deciros más?

¿Habeis pensado, jóvenes radicales, en las emociones puras é intensas que sentiríais si ese mi sueño se realizara. y en las trascendentales consecuencias que podría traer para el partido? ¿Quién, después de dar vosotros tan alto ejemplo de fraternidad y olvido, se atrevería á parapetarse tras antiguas diferencias ó agravios para negarse á pactar la unión, tan deseada por todos los republicanos? ¿Ni quién osaría en adelante pensar siquiera en romper una unión pactada sobre una tumba, entre lágrimas de expiación y sollozos de perdones? La misma víctima, si resucitar pudiera, se sentiría orgullosa de haber rubricado con su sangre el pacto de unión de todos los republicanos....

Meditad en lo que os digo, jóvenes radicales de Reus, y perdonadme si os desagrada.

JOSE NAKENS

## Sombras que avanzan

Tenla escrito, para insertarlo en este número, un artículo juzgando el mitin celebrado por los republicanos en el teatro de la Gran Vía.

Como las Juventudes liberal y conservadora ha celebrado otro en el mismo local, protestando del anterior y ensañándose con los republicanos, aplazo su publicación para más adelante.

No necesito advertir que el artículo versaba sobre la inoportunidad del mitin de revisión.

Y lo digo, por si alguien pudiera sospechar que dejaba de publicarlo por temor á lo que las Juventudes monárquicas han dicho.

No; á mi no me causa temor alguno nada de lo que los contrarios digan ó hagan: en cambio me preocupa mucho lo que nosotros decimos y lo que dejamos de hacer.

Por lo demás, el juego está visto: infundir miedo á la opinión para facilitar la vuelta de los conservadores.

Lo que no se comprende, es cómo lo libera es han caído en el lazo y permitido que los jóvenes de su partido se unan á los del otro, á menos que se hallen conformes en que vuelva Maura.

Mas sea lo que fuere, el hecho es que el asesinato de Canalejas ha influido de



modo tal en el predominio de la tendencia reaccionaria, que, ó yo me engaño mucho, ó se avecinan días tristes para España, más tristes aún que los actuales.

Y no saben mis lectores lo que me alegraría equivocarme.

## Callar y obrar

Hemos llegado ya á lo que yo trataba de evitar, y por esto recomendaba constantemente unión y seriedad á los republicanos: á que pasemos de sitiadores á sitiados; á que tengamos que defendernos de los ataques de los monárquicos, en vez de seguir tomando la ofensiva.

Tanta desunión, tanta bullanga, tantas luchas intestinas, tantas amenazas ridículas, por fuerza hablan de dar este resultado, á la corta ó á la larga.

Correligionarios: ¡A reaccionar! Aún es tiempo todavía. Y sea desde hoy nuestra divisa el antiguo adagio que encabezaba estos renglones.

Si; hay que variar completamente de táctica.

## Romanones, presidente

La única variación que ha habido en el ministerio ha sido esa.

Moret pasará á ocupar la vacante de Romanones en la presidencia del Congreso.

## Fatalidad nacional

### Miedo y mactenismo

Que estamos en pleno ocultismo político, no hay para qué demostrarlo. El «taparrujo» y la «cobertera» son los sagrados símbolos expuestos como supremas razones de Estado ante el pueblo, que contempla con idiotismo atónico el continuo absurdo de la política nacional, á quien debemos el título de «reino de la sinrazón».

Las leyes son paralizadas por fuerzas ocultas: los gobiernos son actuados por manos ocultas: el clero, la magistratura, la hacienda, en fin, se mueven por influencias secretas, superiores á la Constitución, á la ley y á la moral.

Pero además de este *ocultismo político* de procedimiento y de finalidad, hay otro ocultismo moral impulsor del espíritu general gobernante.

Hace poco tiempo publicóse en *El País* un artículo realmente magistral, señalando la gran singularidad de la *majeza* con que el Estado responde sistemáticamente á todas las acusaciones populares. Los datos allí citados eran exactos, numerosos, y abrumadores por su calidad y cantidad. Al terminar la lectura de aquel escrito, surgía la íntima convicción de que, realmente, la *majeza* forma parte esencial de la psicología del político español.

Ahora, Leopoldo Rmeo en *La Correspondencia de España* ha escrito otro artículo, casi tan notable como aquel, descubriendo lo contrario: el *miedo*, actuando como consultor determinante de los actos de nuestros gobiernos. Según el fogoso escritor, este miedo es al «Ferrerismo».

«Ferrer gobierna» — dice — desde la bomba de la calle Mayor.

He aquí el párrafo que sirve de nervio al vehemente artículo:

«Desde entonces nada se hace ni se hará en España que no esté influenciado por Ferrer. Ferrer produjo la crisis del partido liberal; Ferrer ocasionó la rápida e incomprensible terminación del sumario de la calle Mayor en los momentos en que la claridad comenzaba á aparecer en sus folios; Ferrer fué alma de los sucesos de Barcelona; á Ferrer se debieron los atentados contra Maura; Ferrer derribó al partido conservador; Ferrer trajo al Poder á los liberales; Ferrer hizo poder á los demócratas y en el Poder los mantuvo; Ferrer fué el causante de que en Europa se produjese el airoso movimiento contra España; Ferrer influencia las negociaciones diplomáticas; Ferrer ajma el brazo del asesino de Canalejas; Ferrer hace Presidente del Consejo al conde de Romanones; Ferrer actúa como genio maléfico inviolable sobre la vida nacional española, y, aunque parezca paradoja, Ferrer, muerto en Montjuich, realiza milagros que no hubiese realizado si el proceso de la calle Mayor, encaminado por otros rumbos menos acomodaticios, no acabara como acabó y Ferrer hubiese sido fusilado ó ahorcado en Madrid, y no sólo, sino en compañía de quienes á Morral lanzaron á la aventura y la segunda bomba, que no estalló, y que colocaron junto al pretil del Consejo de Estado, creyendo que acabaría la obra de destrucción iniciada por la primera.

«Cuando sea escrita la historia, comprenderán muchos por qué causas Ferrer gobierna, y por cuáles razones Ferrer continuará gobernando.»

He aquí, según el articulista, el *mudo* obrando como gobernante oculto de España.

Al lado de estas fuerzas ocultas, hay las *manos ocultas*.

He aquí como se pone sobre la pista de una de ellas en el *Heraldo de Madrid*, el genial Cristóbal de Castro, que no se explica cómo pudo sostenerse en la jefatura de policía el Sr. Llano, un sólo día después del asesinato del Sr. Canalejas.

«La gente se pregunta: «Pero si el jefe superior de Policía es nombrado por el Gobierno, y el Gobierno en pleno cree que el jefe superior ha fracasado, ¿cómo es que no hay ya otro jefe superior?»

«Porque si el Rey, según es público y han dicho todos los periódicos, le echó muy justamente en cara su ineptitud; si todos los ministros la proclamaron repetidamente. si todos los periódicos la han subrayado en columnas y más columnas y si todos los madrileños claman contra esa Jefatura desdichada, ¿qué poder misterioso la mantiene contra los madrileños, los periódicos, los ministros y el Rey, unidos en censuras acres como un solo hombre?»

«La gente se pregunta: «Pero en España ¿hay ni puede haber algo más poderoso que el rey, los ministros, la Prensa y el vecindario, todos unidos para proclamar el fracaso ruidoso de la Policía y de su cabeza visible, la Jefatura Superior?»...»

La galería de testimonios sería inacabable. Hay *manos ocultas* y hay *fuerzas ocultas* extrañas á la ley y al derecho constitucional y al derecho constituido. Tal es el punto de partida.

\*\*\*

El Sr. Rmeo, en su alegato, es tendencioso y exclusivista. Nada más fácil que replicar á su artículo, con las siguientes evocaciones:

¿Quién echó del Poder á Canalejas en el año 1907, para dar entrada á Maura en visperas de presentar la *Ley de Asociaciones*? ¿Quién le mantuvo proscrito del Poder desde 1903 en que enarboló la bandera anticlerical? ¿Quién ha llenado de frailes el suelo español con sus escandalosos y provocativos palacios, en contraste con la miseria del Estado y con la indigencia pública, traspasando el Concordato y la ley que señaló sus límites al Gobierno? ¿Quién ha creado estas dos castas de nacionales *romanos*, colocados fuera del alcance de las leyes onerosas, y *parias*, colocados fuera del alcance del derecho?... ¿Quién inspiró la represión que fusiló á Ferrer y llenó de víctimas inocentes las cárceles? ¿Quién sostiene en nuestros códigos las vergonzosas leyes del matrimonio, del monopolio de la religión, de la exención monástica del servicio militar, del privilegio de la difamación episcopal, la organización de *requetés* y el funcionamiento de la *Defensa Social*? ¿Quién tiene arrebatada á la honradez científica la enseñanza oficial; á la magistratura, la conciencia constitucional; á la tributación pública, los millares de solares y palacios; á la investigación judicial, los misterios conventuales; á la crítica moral, los absurdos dogmáticos; á la invectiva genial, la sinceridad?...

No se ha acabado aquí la lista: el discreto «Juan de Aragón» lo sabe perfectamente, y tampoco ignora que *esta fuerza*, omitida en su artículo, ACTÚA con poder tan absoluto como invisible sobre las más elevadas esferas, imponiendo ó rechazando ministros, y atando á éstos las manos para realizar desde el poder los compromisos quizás contraídos con el pueblo antes de lograrlo, atándolos al fracaso y condenándolos al ridículo.

Y esta fuerza, no es el «ferrerismo», seguramente.

\*\*\*

He aquí la «media verdad» que completa la otra media denunciada por Rmeo.

España se halla *entre dos barbaries*, y El poder público gime bajo la presión de de ambas.

Y si es cierto, como dicen demostrarlo la Historia Nacional, que estas *dos barbaries* se engendran mutuamente, y que la una es simple y necesaria reacción de la otra, ahí tendrán unos y otros, fe-



rreristas y antiferreristas, el espejo profético en el cual podrán prever los destinos futuros de la patria española, mientras se cultiven ambos gérmenes, productores necesarios é inevitables de los dos *furores*.

«Entre dos barbaries».

Ambas se disputan el cuerpo de la Patria, como espíritus feroces. El juicio de Salomón ha desaparecido de entre nosotros. No hay quien, á la vista de este liisigio de fieras, repudie por igual á ambas tendencias como enemigos y disolventes de la Patria, adjudicándola valerosamente á la *única dueña* que debiera poseerla: la Moralidad.

Inútil es envolver con el manto de la patriotería hipócrita el azuzamiento de estas furias.

No se puede dar bríos hoy á la una sin que mañana estos mismos bríos pasen á la otra.

Tal es la ley de la fatalidad, soberana inapelable y rebelde á toda falacia.

A los magníficos párrafos de los artículos, responden mudos los cadáveres. A la música oratoria, llévanle el compás los disparos.

De agradecer sería que el Sr. Romeo, tomando en consideración estos méritos, y en uno de los arranques propios de su temperamento, respondiese sinceramente y sin artificio á estas preguntas:

¿Es cierto que cada éxito terrorífico clerical engendra cien ferreristas?

¿Es cierto que cada éxito ferrerista engendra cien clericales?

¿Es cierto que predicar *lo uno* para hoy es predicar *lo otro* para mañana?

S. PEY ORDEIX

## Heroicidad inconcebible

Se puso el párroco de Manacor tan fervorosamente procaz é insultante en una Fiesta Escolar, al defender la enseñanza católica y atacar, difamar é insultar á los que profesaban ideas de progreso, que el alcalde accidental, que presidía el acto, lo llamó al orden, y como no le hiciese caso, le quitó la palabra. Y excuso decir los aplausos que recibió del público el alcalde.

Lo del párroco no me choca: es lo usual y corriente.

Lo del alcalde es lo que me admira. Atreverse en estos tiempos á pararle los pies á un párroco que se arranca por derecho, corto y ceñido, contra la Libertad!

Lo repito: es una heroicidad inconcebible.

Reclamo para él la cruz laureada de San Fernando, y si se la conceden, le regalaré la placa.

## Sermón rural

(Monólogo tomado de una placa fonográfica)

El «pater» á los fieles:

—Hijos míos, ... las mujeres... las mujeres... y siempre las mujeres; ... las muje-

res... siendo la ocasión del pecado... El hombre huye de una para no caer en tentación... y tropieza enseguida con otra... ¿Qué diferencia entre las mujeres de hoy día y nuestra madre Eva!... Aquella fué un modelo de virtudes;... salía muy poco de casa, ... no se trataba con nadie y siempre fué fiel á su esposo Adán... Por las calles, siempre iba con los ojos bajos sin mirar á las gentes... Imitad la conducta de Eva como hacía en el Paraíso... y sin esta cargazón de telas, que constituye una ofensa al recato y á la moral;... vestido como ella, ... nada de bailes... nada de reuniones y nada de teatros... Eva odió esto toda su vida y le fué perfectísimamente bien... *achim, achim, achim...* ¿Quién me negará que Eva cumplió con los deberes de madre de familia... obligada la infeliz á poblar ella sola el mundo!... y trabajó con tanto afán en su delicada misión, que la tierra que era como un páramo desierto, quedó poblada á millares, ... *achim, achim, achim...* y aquel milagro del pan y de los peces... *panich et piscis* se vió reproducido por ella en el de los hijos y de las hijas... *filios et filias...* y tengan en cuenta mis idolatrados oyentes, que Eva no usó jamás nodriza para sus hijos... sino que ella misma los amamantó á todos... desde el primogénito Cain, que fué el fundador de la humanidad, hasta Noé, que fué el primer cosechero de vino de la tierra.

«In nómine patri et filius et espíritu sanctu et vitam eternum... Amén».

AVE MARIA PURÍSIMA

## La confesión

—¿Por que no te confiesas?—dijo el cura y el enfermo calló por vez tercera.

—Mira que Dios tu salvación espera, y como te confieses, es segura.

Hubo una breve pausa. La voz dura del sacerdote, se tornó ya líbera, y exclamó estremecido:—Considé. a que el infierno va á ser tu sepultura.

Se incorporó el enfermo poco á poco, y con acento entre iracundo y tierno, le dijo al capellán:—¡Padre, estoy loco!

«Ella...» murió en m's brazos este invierno, no se pudo salvar... Pues yo tampoco... ¡Quiero volver á verla en el infierno!

CONSTANTINO GIL

## Sacerdote digno

Un librepensador de Saint Luis (Estados Unidos) que fué invitado á figurar en una suscripción para construir una iglesia, contestó que lo haría con mucho gusto, siempre que el cura se comprometiera á leer durante una hora á sus fieles los pasajes de la Biblia que él le indicara. Y aunque le ofreció un duro por minuto, el ministro de Dios no aceptó.

¡Comprendo tu negativa, ministro del Señor!

Preferiste perder sesenta duros á manchar tus labios leyendo en alta voz los pasajes libidinosos del Santo Libro, inspirado por Dios.

De tí no podrá decirse que te domina el tercer pecado capital.

¡Por eso te admiro, sacerdote pudoroso!

## No lo entiendo

Leo que en Leganés se casó una pareja; que en la misa de velatorio el novio recibió la hostia y después la escupió al suelo; y que el escándalo que ese hecho produjo, fué enorme.

El cura y las beatas que asistían á la misa, gritaban horrorizados; la novia se desmayó y los invitados á la boda la emprendieron á palos con el novio, hasta tenderle en tierra mal herido; acudiendo por último la Guardia civil y llevándose-lo al juzgado.

Si todo ocurrió como se relata, no me parece mal que enchiqueraran á ese zopenco. ¿No sabía que, de casarse por la iglesia y asistir á la misa de velatorio, tenía que tragarse la hostia?

Si lo hubiera hecho antes de casarse, cabría la duda de si escupió la hostia para escupirle por ese medio de la suerte... matrimonial. ¿Pero estando casado ya?...

Que no lo entiendo, vamos.

## ES POSIBLE

Una joven de Elda habló como un papagayo hasta los dieciocho años, y de pronto quedó muda.

A los seis meses de no decir «esta boca es mía», se encomendó á la Virgen que se venera en su pueblo y recobró la palabra.

Los clericales se desataron en elogios á la religión y en vituperios á la impiedad.

Y, á pesar de esto, la joven ha vuelto á quedarse muda.

Es posible que la Virgen se haya enojado al oír los rebuznos de los clericales, y haya deshecho el milagro por no oírlos.

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Terminos de la Inquisición.

## La celda núm. 7

por José Nakens  
Precio: DOS pesetas



## Frente al carlismo

Leo en un periódico republicano:

«El alcalde de Alcoy llamó el día 5 á los individuos del Comité de Fusión Republicana, á los que preguntó si podría contar con la ayuda de dicho partido en el caso de ser atacada la población por los carlistas.

Los del Comité le contestaron que, no habiendo recibido hasta ahora la menor atención de los gobiernos monárquicos, deseaban conservar su libertad de acción y no querían comprometerse á nada.»

Perfectamente. He ahí unes correligionarios modelo de consecuencia, inflexibles, intránsigentes... Los gobiernos de la monarquía no les han guasado *atenciones* (que es precisamente á lo que vino la restauración, á guardar atenciones á los republicanos, sin lo cual nadie se habría explicado su venida), y, por lo tanto, hoy que los carlistas amenazan hundir la patria y matar la libertad, hoy, justamente resentidos, se niegan ellos á contribuir á exterminar el carlismo. Esto es tener carácter, y convicciones, y aquello que diz que puso de pie Colón ante los doctores en Salamanca.

Estoy avergonzado de mí mismo por no poder imitarlos; por encontrarme tan flaco de voluntad, que aplaudo como un desventurado la menor prueba de energía contra los carlistas que da este gobierno semicarca. Y voy á decir por qué io hago.

Yo, frente al carlismo, no me acuerdo ni quiero acordarme de lo que soy: me contento con saber que soy su enemigo. Y me creería deshonrado á mis propios ojos si, por pensar en lo que particularmente me interesa, ó por odio á lo existente, que no he demostrado en la forma que debía, dejara de exponer una sola de las ideas que se me ocurren para acabar con él, ó me abstuviese de prestar el concurso que se me pidiera.

Yo no tengo, yo no quiero tener esa intransigencia. Por lo mismo que he pasado mi vida combatiendo todo aquello que directa ó indirectamente contribuía á alentar el carlismo, me guardaré bien de quitar fuerza á quien lo ataque. Censuraré lo que deje de hacerse, nunca lo que se haga, ya que todo lo que se haga contra él me parecerá bien.

Es fácil exclamar, como algunos: «Allá que los monárquicos se las compongan como puedan. La guerra es un pleito entre ellos. Los gobiernos de la restauración han matado el espíritu liberal; sufren ahora las consecuencias. Para lo que tenemos, igual nos da quedarnos sin nada.» Y menos en lo de que el pleito que se ventila es entre ellos, en lo demás parece como que tienen razón los que hablan así.

Pero no la tienen, no. Aun cuando digamos lo contrario en los momentos en que se nos impone el pesimismo, queda espíritu liberal en España, y tenemos aún mucho que perder. Entre los carlistas y los conservadores, hay más diferencia

que entre éstos y los republicanos. Decir otra cosa, es engañarnos á sabiendas.

Pero si yo me equivocaré; si no quedase ya nada de ese espíritu, porque los encargados de guardarlo y defenderlo hubiéramos permitido que lo apagasen, ¿qué farsa indigna estamos representando? Disolvamos nuestros organismos, matemos nuestros periódicos, cerremos nuestras bocas, y aguardemos como moruecos á que venga el matarife carlista y nos lleve al matadero. ¿Es todo lo mismo, y nos faltan alientos para luchar contra todo? Pues á morir con santa resignación, murmurando el socorrido *Dios lo quiere ó le estaba escrito*. Y que los entierran en los estercoleros para abonar luego la tierra con nuestros despojos. Así continuaremos prestando servicios á la reacción después de muertos. Con piltrafas podridas de liberales podridos ¿cómo crecerían las plantas!

Pero sigamos el razonamiento:

Todavía, si los republicanos hubiéramos cumplido con nuestro deber en los veinticinco años últimos, pudiera tener relativa disculpa el cruzamiento de brazos ante el movimiento carlista. Pero no siendo así, ¿con qué derecho censuraremos á los monárquicos que, habiendo también faltado al suyo, procuran en estos momentos remediar el mal causado? Si el no haber estado siempre á la altura de las circunstancias incapacita, ¿por qué persisten en estar al frente de nuestro partido los jefes que contribuyeron á perder la República?

La lógica de los correligionarios que piensan como esos de Alcoy, es divina.

La restauración es un mal grande, contra el cual no hemos combatido en el terreno á que estábamos obligados. Por esto, y sólo por esto, por nuestra cobardía, el clericalismo ha ido avanzando; y como clericalismo y carlismo son sinónimos, el carlismo se ha puesto en condiciones de echarse al campo.

El carlismo es un mal mayor aún que la restauración: su triunfo acabaría con la España actual para dar paso á la del siglo XVI. Y aunque no mucha, algo de libertad nos queda todavía, que perderíamos en absoluto, y con ella la esperanza de poder incorporarnos más adelante.

En tal situación, se nos llama para combatir al enemigo de todos; y unos porque la monarquía, ¡la muy descortés! no nos ha guardado atenciones; otros por creer que no debemos contribuir á nada que pueda fortalecerla, cuando nunca hemos sabido hacer otra cosa, todos permanecemos tranquilos, indiferentes, como si en el pleito que se ventila no entrase nada nuestro, como si al hundirse la restauración empujada por el carlismo, no cayeran de paso la democracia, la libertad, nuestra honra...

«Es que, dicen algunos, por ese camino podríamos venir nosotros.» ¿Nosotros venir por ese camino? Si la restauración triunfa ¿cómo? Y si triunfase el carlismo ¿por dónde? Los que durante un cuaito de siglo no hemos sabido ó no hemos querido hacer nada ¿qué íbamos á hacer

ante el carlismo triunfante de la restauración, ó ante la restauración triunfante del carlismo?

Los que se regocijan con la idea de pescar á río revuelto, olvidan lo siguiente:

No basta con que esté revuelto el río; se necesita que los pescadores se expongan á que la corriente los arrastre, ó á mojarse por lo menos. ¿Y dónde están esos pescadores?

Si el país supiera que entre nosotros había hombres de altura capaces de salvarlo, seguramente que á nosotros acudiría para librarse del carlismo. Pero como sabe lo contrario, esto es, que nos dirigen aun los que perdieron la República y nada han hecho después por reconquistarla ¿qué ha de acudir á nosotros, y menos viéndonos hoy tan pasivos, tan indiferentes?... Contempláranos enérgicos, batalladores contra el carlismo, y acaso le infundiéramos alguna confianza. ¿Pero viéndonos como nos ve? Se acordará de nosotros únicamente para despreciarnos.

Pero vamos á suponer que al verse ya en las últimas, nos llamara; ¿con qué derecho exigiríamos á nadie que nos ayudase contra el carlismo, habiendo nosotros permanecido hasta aquel instante en actitud medrosa ó calculadora? ¿Con qué autoridad exigiríamos á la nación sacrificios y al Ejército abnegaciones para acabar con aquello mismo que habíamos visto impasibles crecer y desarrollarse?

Y mirada la cuestión desde este otro punto de vista, resulta peor aún.

La monarquía es un mal; la República un bien. Aquella ha perdido á España; ésta la salvaría. Y sabiéndolo nosotros, y proclamándolo, ¿hemos sido tan miserables, tan cobardes, que nada hemos intentado? Y ahora, doblemente miserables y doblemente cobardes, aguardamos á que los carlistas nos lo den todo hecho... pedazos, para arrojarlos sobre el cadáver de España cual se arrojarían las hienas sobre los despojos de un rebaño que hubiera servido de pretexto para una batalla entre leones? ¡Bien, perfectamente bien! Hombres de este temple son los que España necesita, los que busca, los que llama.....

Mas no para en lo de los republicanos de Alcoy.

Leo en otro periódico:

«La prensa republicana no ha de aplaudir y no se ha de poner al lado del gobierno, suceda lo que suceda.»

Podrá no ponerse la prensa, pero si se pondrá un periódico: EL MOTIN. Y sea el gobierno cual fuere. Ante el carlismo todo el que lo combata es correligionario mío, para eso. Mi lema en política es este... «A la República, con cualquiera. Contra el carlismo, con todos.

Y lo aplaudiré, si cumple cual corresponde, porque habrá salvado la libertad; y me pondré á su lado, no por defenderlo á él, sino por acudir á lo mío y ahorrarle á España más lágrimas, más sangre, más luto... Y si luego de ponerme a su



lado y aplaudirle, pudiera derribarlo, ¡vive el diablo! que lo haría sin vacilar.

En la obra *El Noventa y tres*, de Victor Hugo, el descuido de un marinero hace que un cañón se desprenda de la batería exponiendo el buque á perecer; ese mismo soldado, con riesgo de su vida, salva después la embarcación; y el que le manda premia su heroísmo colocándole una cruz sobre el pecho, é inmediatamente lo manda fusilar.

Esto haría yo, si pudiese. Aplaudiría á la restauración por habernos salvado del carlismo, y acabaría después con ella por haberlo halagado y alentado.

Por si alguien no comprendiera bien esto que digo, allá va una pregunta:

¿Sería prudente, ante un fuego que toda lo arrasara, entretenerse en discutir quién lo produjo? No; se apaga, y luego se averigua. Y diré más: si el mismo que lo causó dispusiera de medios suficientes para extinguirlo, y llegara con ese propósito, insensato fuera rechazarle. ¿Había que ahorcarle luego? Se le ahorcaba. Pero que apagase antes el fuego, si nosotros no estábamos en condiciones de hacerlo.

Esta manera de pensar y esta actitud están muy arraigadas en mí.

Hace años dije que llegaría un momento en que tendríamos que preocuparnos, no ya de traer la República, de conservar libertad. Por esto acudí á Castelar ofreciéndole, si traía una República aunque fuese conservadora, hacer lo posible para que no la perturbaran los que, cual yo, soñaran con una revolucionaria.

¿Es este mi ideal? ¿Tengo yo algo de conservador, aunque tenga mucho de autoritario para imponer la democracia y conservar la República? Miraría desdeñosamente al que lo afirmara. ¿Pero iba yo á contribuir á que se perdiese la Libertad, porque no podía implantarse en un santiamén la República de mis sueños?

Dejo gustoso el cumplimiento de esa misión á los que piensan como los republicanos de Alcoy. No me siento tan perfecto ni tan fieramente inflexible como los que aseguran que no se pondrán al lado del gobierno, *sucedá lo que suceda*, ni tengo el valor que se necesita para acercarme á las tumbas de los voluntarios de Ginesa, de Cenicero, de Estella, de Girauqui y de tantos puntos, que se sacrificaron por la Libertad sin razonar su sacrificio, y gritarles con voz entre irónica y compasiva:

«¡Inbéciles! ¡Inbéciles!»

1900

## ESTIMANDO

Al anunciar el *Almanaque del Carlismo* la *Acción Republicana*, de la Coruña dice:

«Bien puede estar *contento de sí* el veterano Nakens. Deseamos que viva todavía muchos años, y que prosiga publicando o ras tan necesarias en nuestra patria como esa á que nos referimos.»

De todo hay en la vida del Señor, querido compañero. Estoy *contento*, muy contento de lo que he hecho; y *descontento*, muy descontento de lo que he logrado.

Aunque acaso fuera más propio decir, mi *contento* se basa, más que en lo que he hecho, en lo que *he dejado de hacer*.

Ha llegado hoy á tal punto la confusión de ideas, que para juzgar con acierto á un hombre, es preferible fijarse más en lo que deja de hacer, que en lo que hace: en esto último puede entrar por mucho el medio en que se agita ó las circunstancias que le rodean; en lo que deja de hacer actúa desembarazadamente su voluntad.

Doy las gracias al compañero que así me juzga, y quizás tome algún día pretexto de lo que me dice para dedicar un número de *EL MOTIN* á lo que he hecho y á lo que he dejado de hacer.

## La lámina de hoy

No necesita explicación.

Baste decir que lo que en ella se ve, es lo que hicieron los carlistas en 1838 con los prisioneros de la acción de Maella, en la que murió el general Pardiñas.

## Los atentados personales

### Curas agresores

Sin las impertinentes conclusiones que sienta el papel carlista, atribuyendo los atentados de que han sido víctimas en todo tiempo los jefes de Estado y los políticos de todos los países á las propagandas disolventes, nos abstendríamos de publicar en estos momentos las omisiones en que, deliberadamente, incurre el papel panegirista del carlismo sangriento.

Ayer, y entre diatribas que á sí mismo debiera dirigir, publica una extensa relación de atentados desde el de Napoleón III hasta el de Canalejas: todos los cometieron seres educados en las escuelas laicas, procedentes de las logias masónicas, gente «sin Dios», en fin.

Pero casualmente se olvida consignar los crímenes perpetrados por sacerdotes de la Iglesia católica ó por seglares de ideas reaccionarias.

Repasad la lista que ayer dió el diario carlista y veréis cómo no figura el cura Merino que, puñal en mano, atentó contra la vida de Isabel II, por lo que fué ahorcado.

¿Aquel atentado se fraguó en alguna logia masónica?

No; Merino era rabiosamente absolutista.

Tampoco veréis al cura Galeote, que dió muerte al obispo Izquierdo, cuando éste, en domingo de Ramos, salía del Pontifical de la iglesia de San Isidro, de Madrid.

El rey Amadeo fué agredido por un degenerado, pagado por los reaccionarios, que en plena calle del Arenal, en Madrid, le descerrajó un tiro al hijo del rey que acabó con el Poder temporal de los Papas...

Ruiz Zorrilla fué asimismo víctima de un atentado hurdído por la reacción.

El gran Pí y Margall, en 1874, hubo de dar muerte en su propio domicilio á un cura que, uniendo la acción á la palabra, quería asesinarle.

¿Fué anarquista, hablase educado en las escuelas laicas el capitán Clavijo, que atentó en Madrid contra el general Primo de Rivera, por cuyo delito fué fusilado en la pradera de San Isidro?

Víctima del jesuitismo cayó en Madrid el infortunado García Vao, el íntimo de Ramón Chies, y uno de los jóvenes librepensadores más estimados en España y en el extranjero.

Cuanto á los crímenes de Rull y su banda en Barcelona, ¿quién no recuerda la acusación que pesa sobre los clericales plutócratas barceloneses, de los cuales fué instrumento el anarquista full, finalmente ejecutado?

De estos atentados y singularmente de los en que tuvieron intervención principalísima, directa, sacerdotes católicos nada dijo ayer el diario carlista.

¿Sería lógico que nosotros, volviendo la oración por pasiva, achacáramos la causa de esos atentados precisamente á las enseñanzas católicas? No. Argüiríamos como insensatez manifiesta, como le ocurre á ese papel, que días pasados proponía el absurdo de formar una estadística de presidiarios, por la que se vendría en conocimiento de que la mayoría de ellos habían frecuentado las escuelas laicas.

¿Como si los presidios fuesen cosa de la víspera; como si en todas épocas y en todas las latitudes no se hubiesen cometido crímenes y atentados abominables como al presente!

Repase el diario acerca la historia del Papado, la historia de los jesuitas y diga á los papanatas á quienes ayer sirvió una lista, manos, de atentados los procedi nientos que la Iglesia empleó siempre para deshacerse de reyes, magnates, políticos y aun Papas que estorbaban sus planes de dominación y tiranía.

Con textos de escritores cristianos podríamos confundir á esos tartufos del catolicismo, que hoy fingen espanto y se indignan ante atentados tan reprochables como el que ha cortado la vida de Canalejas.

Valencia.

El Pueblo.

## EL MOTIN al Senado

### EN DEFENSA DE LOS FRAILES

Visto ya el número de individuos de esta familia religiosa, infinita como las arenas del mar y como las estrellas del cielo, pasemos ahora revista á los innumerables bienes que ocasiona á la feliz patria española la ilustre clerecía.

Primeramente, señores senadores, debéis reflexionar el inmenso favor que hacen á las clases ricas y adineradas, con sus predicaciones á las clases obreras, que andan desposeídas por la tierra arrastrando vida miserable y desesperada, impulsadas á cada momento á la revolución.

¿Qué sería de estos miserables, sin frailes y monjas? Mejor dicho: ¿qué sería de nosotros? Los frailes se interponen entre nosotros y ellos, asegurándonos en



nombre de la Religión Santa, que no somos nosotros ni fueron nuestros abuelos los que les desposeyeron de sus bienes para acapararlos nosotros. Los frailes dicen á los desposeídos que el autor de su desherencia, de su miseria, de su desgracia y de su hambre, es el Dios del cielo, ante el cual quedan boquiabiertos los desdichados admirando los secretos de esta sabiduría, no alcanzada por la humana razón.

Y para que no aborrezcan y odien á este Dios que les quitó á ellos lo suyo para colmar lo nuestro, al cual los desdichados deben todos los maleficios y nosotros todos los beneficios; para hacer agradable esta injusticia, les juran y perjuran que todo esto es efecto de la bondad y no de la maldad de aquel Dios; que todo eso es cosa de su amor, por prepararles después de esta vida miserable un paraíso eterno; ese paraíso que nos venden á nosotros por unas cuantas Bulas é indulgencias pagadas con el uno por ciento de lo que sustraemos á los crédulos bobalicones.

Quitadles esa fe santa y bienhechora que nos hace propietarios á nosotros y á los otros desarrapados; que consagra nuestra hartura y el hambre de aquellos; que llama *divina* á la iniquidad social; que hace impunes vuestros delitos en esta vida, nutriendo la esperanza de verlos vengados en otra; quitad esta fe infame, y veréis levantarse las turbas harapientas y famélicas, entrando á saco por vuestras bodegas y salones, trayéndonos á nosotros parte de sus desdichas para sorber parte de vuestra felicidad.

¿A quién se debe esta fe mágica, sino á los frailes? Por esto Tulio no concibió un pueblo sin religión, y Napoleón la reconocía como instrumento necesario de la política.

Ved, señores, el cómo y el por qué las clases adineradas se apasionan por los frailes. Los ricos incrédulos simulan creer en ellos, para inducir á *creer* á los de abajo; porque esta fe de abajo es el pedestal de la iniquidad y poder de los de arriba. Y siendo tantos y creciendo cada día los miserables y los abusos, necesitan más fe para poder *creer* en la bondad del mal y en la santidad de la iniquidad, cada día mayores y más procazes; y por esto, por esto, señores, necesitamos más frailes cada día que prediquen esta fe al pueblo, esta *fe constitucional* de nuestro Estado católico.

\*\*\*

Algunos críticos anticlericales intentan hacer los frailes odiosos á los ricos, publicando las artes con que se apoderan de sus fortunas, de lo cual resulta al poco tiempo que los ricos han pasado á ser pobres, y sólo los frailes se hacen ricos. Al efecto, enumeran los testamentos que cada año hacen pasar á los frailes los más fuertes palacios y las más lozanas fincas. Y nos hacen desfilar el ejército de miserables descendientes de duques, condes y marqueses que, como los de Vallejo y Pastrana, pisan las calles con las

suelas rotas y son desahuciados de sus moradas, en tanto que los frailes se pasean orondos y rozagantes por los palacios do nacieron sus abuelos.

Y dicen los adversarios de los frailes que este mal es ya añejo, de modo tal, que en las fundaciones de los mayorazgos los fundadores ponían constantemente la cláusula excluyendo del dominio á frailes, monjas y clérigos. De manera, que la derogación de la ley de mayorazgo, dictada con espíritu liberal, ha sido en este tiempo el más rico venero del clericalismo, á cuyo dominio han pasado en pocos años los más ricos feudos de España, que antes se habrían salvado de tal rapacidad.

Señores senadores: fuera inútil que EL MOTIN quisiera negar estos hechos ante esa Cámara de próceres, donde apenas habrá uno que no tenga que contar algún zarpazo sufrido por este lado. Muchos de vosotros pasáis por las calles de Madrid con vuestros yernos y nueras, parándoos ante los palacios-conventos, diciéndoles al oído: «Mira, hijito: allí está todavía el solar de la familia...» Y se os hace agua la boca, y un suspiro de rencor brota de vuestros pechos...

Es verdad: no negará EL MOTIN tales hechos.

Pero hay que ser justos. ¿No recibís la debida recompensa? ¿No es á los frailes á quien debéis vuestras actas, vuestros destinos, las bodas de vuestros hijos y los negocios de vuestros bufetes?

¿No debéis á esto vuestras coronas de duques, de marqueses y de condes, vosotros, los títulos pontificios?

¿No hay ningún senador que haya ido á la parte en los lindos negocios hechos con los frailes?

Y sobre todo, si consideráis, señores senadores, que las nueve décimas partes de la aristocracia española descende del Papa Borja, enriquecido robando al Tesoro de San Pedro; de los obispos Castilla, Aragón, Manrique y Mendoza, enriquecidos robando á las diócesis españolas; y quiénes más quiénes menos, de los fortunones de ahora, proviene de los antepasados inquisidores, abades y prebendados; y que otra parte procede de la desamortización eclesiástica; en vista de estos hechos, tan reales como los otros, ¿quién será osado á quejarse de que los frailes le hayan birlado parte mayor ó menor de su hacienda?

\*\*\*

Debemos además considerar que precisamente esta facultad de nombrar herederos á los frailes, es la suprema consagración del derecho eterno de propiedad. En todo otro testamento, el testador se desposee del dominio para después de la muerte. No así dejando herederos á los frailes: el muerto continúa siendo dueño; su *voluntad* sigue imperando. Los frailes comen por él, cobran por él y él los mueve desde el otro mundo.

¡Oh, señores senadores! No puede pasarse de largo ante este principio supremo del derecho de propiedad: es fuerza

que os detengáis á contemplar espiritualmente el soberbio, indescriptible, el archidivino espectáculo que ofrece al mundo de la razón la nación española, con su *Religión oficial* y con su Código Hipotecario.

Porque, si acudís á los Registros de la Propiedad, á la Dirección de la Deuda y á los fondos de Obras Pías de los Obispos y Parroquias, hallareis una gran porción del patrimonio nacional vinculado á estas *obras pías*, y veréis una gran parte del clero nacional ocupado en cumplir los mandatos de estas obras piadosas.

No nos excederemos en el cálculo si suponemos que hay más de un millón de obras pías, procedentes de un millón de católicos nacionales que murieron, unos hace quinientos años, otros hace cien años y otros veinte años atrás.

De modo que unos llevan ya veinte, otros cien y otros quinientos años, disfrutando del delicioso espectáculo de ver después de muertos, cómo el sacristán, á hora y día fijo, aturde al vecindario con las campanas; el cura deja precipitado la cama; se encienden las lámparas del altar; el pueblo acude á la iglesia; bate el canto las bóvedas del templo... Este canto es la voz del muerto que sigue viviendo; los rayos de las lámparas son los de sus pupilas; sacristán, cura y pueblo, son como títeres movidos desde el otro mundo por el muerto... por la voluntad del muerto, que vive perenne en la ley y en la *obra pía*... y así para siempre jamás, como dicen las escrituras de fundación.

Maravillaos, señores senadores, de esta escena: vosotros todos podéis tener este borracho placer de vivir eternamente...

Pero no agotéis vuestra admiración, que hay otro cuadro más delicioso y encantador.

Lo dicho procede de la *Ley oficial* del Estado español, que consagra las obras pías y paga en moneda sonante los cupones de esta deuda. Mas aquí corre la cortina del escenario la *Religión oficial*, que consagra como *fe del Estado* el dogma del *cortísimo número de los escogidos*; número que los santos doctores católicos han puntualizado y fijado en *uno por cada ochenta mil*. De modo, señores senadores, que de aquel millón de fundadores piadosos, sólo unos cuarenta individuos están en el cielo oficial de España; los demás están en el *infierno oficial*; son oficialmente condenados eternos y eternos colegas de Satanás.

Y esto es lo maravilloso, á saber: que estos hijos y hermanos de Luzbel, sean, desde el infierno, los que mueven, mediante su voluntad testamentaria, los miles de sacristanes y curas de nuestros templos, *sumisos y obedientes cumplidores* de la voluntad de los condenados.

### Suscripción Sanchez-Pérez

Juventud Federal. (Natahoyo).	5'00
Juan M. Gartaondo. (Berástegui).....	1'00
Victoriano López. (Vigo).....	9'25
TOTAL.....	15'25



# EL MOTIN



1838.--Asesinato de los prisioneros de la acción de Maella, en la que murió el general Pardiñas.



## Don Carlos juzgado en el extranjero

*Le Journal de Gand*, ocupándose de los fusilamientos é incendios perpetrados por los carlistas, y después de relatar varios hechos horribles, hacia estos comentarios:

«Faltaba como complemento de la semejanza entre los héroes de la *Commune* de París y los ultramontanos españoles un simple detalle: el empleo del petróleo. En cuanto á lo demás nada dejan que desear. Pero con el petróleo queda el parecido completo. Los principios y los medios de los unos valen tanto como los de los otros. La infabilidad *teocrática* corre parejas con la infabilidad de los hombres de la *Commune*. Tienen éstos algo más de experiencia en el empleo del petróleo, pero tienen tanto celo los carlistas. Ya aprenderán á trabajar en gran escala, y en vez de quemar estaciones de ferrocarril, quemarán aldeas y ciudades. Esto será más breve, y es claro que la causa de la legitimidad ganará con ello, porque los españoles no pueden menos de darse por muy satisfechos con ser saqueados, quemados y fusilados en honor de los «verdaderos principios».

«Adelante, pues, joven héroe, digno nieto del D. Carlos (el de Oñate); noble sostén de Dios, de la Iglesia y del trono, ¡continúa el curso de tus hazañas! He aquí la verdadera cruzada: *In hoc signo vinces, Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. Marchad, hijos del cielo, á la conquista de vuestro reino; marchad á la luz de las llamas encendidas por vuestras órdenes y por los sacerdotes que combaten, saquean y fusilan por vosotros.

«Lo que menos se ve en todos estos sucesos, es la persona del Pretendiente. El telégrafo nos comunica las hazañas de sus bandas, pero no señala su presencia en parte alguna.

«Hace proclamas, pero no se bate. Acaso juzgue que las balas tienen poco respeto á los pretendientes *legitimistas*. Mucho han degenerado los pretendientes. En cuanto al clero español, continúa siendo el mismo, dispuesto á quemar como en los buenos tiempos de la Inquisición y á empuñar el trabuco.

«Pero decididamente los españoles no son los mismos que en aquellos tiempos, lo cual es muy desconsolador para los pretendientes.

«No sólo no se apresuran á tomar las armas en favor de su príncipe *legítimo*. sino que empiezan á cansarse de ser saqueados, fusilados y quemados, y esta interminable guerra civil, hecha en nombre del trono y del altar les fatiga, de modo que empiezan á armarse en compañías francas para batir á los carlistas.

«Si es así, no tardaremos en ver serias represalias, y al Pretendiente no le quedará el honor de haber introducido en su país el petróleo en la política. Es su manera de ilustrar la nación.»

¡Y el miserable rey de las hordas carlistas, que de tal manera obraba, calificaba á los liberales de vanguardia del petróleo y de la disolución social! ¡Y había españoles que le siguieran!

Aunque no lo extraña: eran unos españoles que toleraban que un danzante, un trasto como el D. Alfonso, llamase cobarde en un documento público á Marco de Bello y mal caballero al conde de Abiñó.

Un periódico de Viena decía que «ni el sacerdote, ni el médico, ni el corresponsal periodista merecían respeto de esos miserables á cuyo lado los bandidos italianos parecerían perfectos caballeros;» y hablando de la actitud de Francia, añadía:

«Es cuestión de honra para todos los Estados europeos, ya reconozcan ó no al gobierno de Madrid, impedir que un poder vecino ayude directa ó indirectamente á un partido de ladrones que visten lujosos uniformes, y que un Rinaldo Rinaldi (célebre bandido) por la gracia de Dios, viole los principios que hasta ahora observaron siempre las partes beligerantes por lo que respecta á los prisioneros.

En la guerra cada adversario arriesga alguna cosa, y caso de ser vencido, sufre las consecuencias en lo que es y en lo que tiene. Aun en la guerra irregular, es decir, la insurrección, contra el gobierno, el insurrecto juega su vida, sus derechos civiles y sus bienes. El pirata que excluido por el derecho de gentes de todos los puertos vaga por los mares, lleva su suerte unida á la del buque. Sólo un pretendiente, D. Carlos, se encuentra en situación altamente excepcional. Procede como insurrecto, bandido y pirata, audaz despreciador de las leyes internacionales, pero goza comunicación no interrumpida con el extranjero y alcanza el más benévolo amparo de una potencia vecina, que cuando menos tendría el deber de encerrarse en la más estricta neutralidad. Por consiguiente juega sin riesgo y si pierde desaparece. Pasa una parte de tiempo en la agradable *villegiatura* de Ginebra, hasta que la propaganda de sus agentes ha logrado sublevar á una población fanática. Entonces manda que le preparen un cuartel general, y bien escondido y al abrigo de los balazos, entra majestuosamente en España y establece su corte.

Si las cosas van mal, se retira en tiempo oportuno, sano y salvo, por la frontera francesa, siempre abierta, y vuelve á esperar nueva ocasión de hacer la caza de hombres.

La sangre que se derrama, la miseria que se causa, las perturbaciones y desconfianzas que durarán después de esa guerra infame y fratricida no son, no significan nada para él, sino un justo castigo de Dios á un país que no le quiere.»

Retrato de D. Carlos hecho por la *Gaceta Internacional* de Bruselas en Mayo de 1874:

«D. Carlos, joven de 28 años, de gallarda presencia y príncipe de sangre real, fué una esperanza para todos los que previsoriamente adivinaron el cantolismo de las discordias y divisiones de los partidos. Pero D. Carlos, intelectual y moralmente carece de todas las dotes que pueden constituir á un rey, siquiera sea mediano. Más de cuatro años hace que venimos escribiendo esto, no por odio político, todo lo contrario, teuer personal simpatías por D. Carlos, lo hemos tratado y lo compadecemos.

Jamás persiste 24 horas en una opinión, falta á su palabra con la mayor facilidad, no es gran partidario de la verdad, y su constancia es única, fíme, en la monomanía de reinar. Sabemos de un modo positivo de tres gobiernos europeos que en 1870 le hicieron estudiar por personas que en Francia y Suiza le pusieron en la piedra de toque del trato: el resultado fué volverle la espalda.

Este lenguaje es duro; pero respecto á la persona que nos ocupa, nunca hemos empleado otro que el de la verdad, pues no queremos ser cómplices de los que con sus planes de conveniencia individual ensangrientan su patria habiendo encontrado el instrumento en ese *maniqué de monarca*.»

*La Liberté* de París del 23 de Noviembre del 74 publicó una correspondencia de Hendaya, en la que se hacía también alusión al miedo de D. Carlos:

«Diecinueve insurrectos, y entre ellos un teniente llamado Arizmená, se han presentado en casa de un comisionista de Irún, diciendo á varias personas que les pedían informes sobre la facción:

«No podemos más; no tenemos ya confianza en la causa ni en D. Carlos. Los jefes nos venden y hacen traición. Los generales nos abandonan con el rey á la cabeza. Cuando lo de Oyarzun, donde me hallé, añadió el oficial, el rey huyó como una liebre. El viejo Elio estaba rojo de vergüenza y Valdespina rugía de cólera.»

Tantas barbaridades hizo y tan extraña conducta siguió, que dió lugar á esto:

A principios de Diciembre de 1875 corrió el rumor de que padecía enagenación mental, y no fueron pocas las personas que aseguraban en su mismo campo que se había vuelto loco. El rumor obedecía á lo siguiente.

Por aquellos días llegó á Durango un personaje que se expresaba con dificultad en el idioma español. Tendría como unos treinta y seis años, de estatura regular, más bien alto que bajo, de barba poco poblada y rubia, de mirada penetrante é investigadora y de aspecto simpático. En su semblante y en sus maneras notábase á primera vista cierto aire diplomático. Preguntó por el palacio del rey, y un voluntario lo acompañó. Estaba el pretendiente ocupado conferenciando con una comisión que había ido á manifestarle los deseos de paz que animaban á los gupuzcoanos, persuadidos de



que, de continuar la lucha, perderían sus haciendas y sus fueros, y terminando la guerra merced á un honroso convenio, podían salvar parte de aquellas y el privilegio de que gozaban sobre las demás provincias de la península.

Así que tuvo noticia por un oficial de órdenes de la llegada de dicho personaje, indicó á la comisión que se retirara á la antesala algunos instantes, mientras recibía una visita que le interesaba mucho, y de la cual dependían en parte los excelentes resultados que esperaba obtener en breve plazo sobre las huestes de don Alfonso.

Entró el desconocido en el modesto salón donde residía D. Carlos, y le dijo con respeto:—«Señor; encargado por Mr. X... para ulumar el empréstito de 10 millones que necesita V. M. si las garantías que se dan á la casa que tengo el honor de representar me satisfacen, deseo saber de los augustos labios de V. M. qué clase de formalidades piensa llenar para que los intereses de aquélla queden á cubierto de cualquiera inesperada eventualidad.—La firma de mi real persona.—Siento manifestar á V. M. que si un capitalista puede y debe tal vez fiar en las promesas de un acreedor, si éste ocupa el puesto de vos, no puede ni debe un agente confiar intereses que no son suyos sin tener seguridades que pongan á cubierto su responsabilidad.»

Ignórase si por efecto de presumir que se le escapaba una cantidad que había imaginado obtener y que en realidad le era altamente necesaria, ó porque creyó ofensiva la desconfianza del agente en cuestión, lo cierto fué que D. Carlos perdió, como suele decirse, los estribos, y apostrofó de manera dura al extranjero, amenazándole con que sería fusilado si no salía antes de seis horas del territorio dominado por sus tropas. Inútil es decir que salió escapado de Durango aquel personaje temiendo le sucediese algún percance. Cuando se vió libre de carlistas, decía en todas partes, ya porque así lo creía ó por vengar el ultraje que recibió, que había visto á D. Carlos en el período álgido de enajenación, furioso.»

En Marzo de 1875 escribió á *L' Soir*, periódico de París, su corresponsal en Navarra:

«Don Carlos se levanta á las doce. Después almuerza, habla, recibe, y sobre todo se ásuma al balcón con frecuencia hasta la hora de paseo.

Su placer favorito es fatigar á sus ayudantes, obligándoles á galopar cinco ó seis horas y reventar caballos en estas vertiginosas expediciones.»

Párrafos de un artículo de la *Gaceta Internacional* de Bruselas, del mes de Julio de 1873 que dicen claramente la opinión que tenían en el extranjero del imbécil por quien tanta sangre corría en España:

«En París se han reunido algunos carlistas para firmar un artículo contra don Carlos, indignados de la ingratitude de

éste con Dorregaray, que se bate en campaña, mientras el rey digno de Offembach, rey de zorzuela, galantea por los contornos de Bayona. De la carta en que le da permiso para retirarse á curar sus heridas, es notable este párrafo: «Yo, que soy soldado por mis inclinaciones, por amor, por deber, hablo este lenguaje al dirigirme á ti, que también lo eres.» ¡Cómo! ¿Esto lo dice D. Carlos? ¿El que al primer tiro huyó en Oñquieta y no paró hasta Francia? ¡Valiente... gallina.»

El mismo periódico, refiriéndose á las mentiras que los carlistas propalaban acerca de la próxima rendición de Bilbao para realizar un empréstito, dijo en Abril de 1874.

«El carlista es el tipo acabado del embustero. Ahora solivianta la opinión de Europa acostumbrándola con trampantojos á la idea de que la ciudad heroica dejara de ser invicta...

Los carlistas mienten cuando hablan, y cuando cierran los labios siguen mintiendo.»

*L' République Française*, en una correspondencia que le remitieron desde Bayona, hizo esta pintura del cuartel real carlista.

«D. Carlos juega al monarca. Tiene una corte con toda su larga serie de funcionarios; así Valdespina, bien conocido por su completa sordera, usa oficialmente el título de *mariscal de Palacio*.

Cuéntanse sobre 150 jóvenes, muchos de entre ellos nobles franceses, y 18 *grandes de España* que pululan constantemente al rededor del rey; están destinados á formar un cuerpo escogido de alabarderos, que no ha podido organizarse todavía porque todos desean ser oficiales y nadie consiente en ser simple guardia, habiendo á menudo serias discusiones por cuestiones de etiqueta y prioridad.

El bello sexo está representado por D.<sup>a</sup> María de las Nieves, que decididamente es la legítima cuñada de D. Carlos. Los 150 valientes que he citado se manifiestan muy constantes y atentos cerca de esta señora, que es muy linda y un poquito coqueta.

Todo este diluvio de gentes toman por lo serio sus papeles y usan pomposos títulos correspondientes á otros tantos fantásticos empleos.

Una nube de curas de todos géneros y tipos sobresale por todas partes; así es que todo el mundo asiste diariamente á misa y al rezo de todas las oraciones imaginables.

Para completar el cuadro, sobre una docena de corresponsales de periódicos son admitidos en el campo, aunque su suerte no es en concepto alguno envidiable. Para ser admitido, uno de ellos ha tenido que prometer bajo palabra de honor no facilitar dato alguno á los liberales; más todavía: para ser purificado de todo contacto profano, le han obligado á entregar públicamente á las llamas el pase que llevaba, firmado por un general republicano.

Todos los corresponsales reciben abiertos hasta los periódicos en que escriben, porque hay en el cuartel general una verdadera *comisión de censura* que funciona á ciencia y paciencia de todos. Uno de ellos ha adquirido la convicción de que sus cartas son abiertas antes de remitirlas á su destino, porque ha visto una de ellas reproducida al pie de la letra en uno de los periódicos franceses que se publican en la frontera.»

El cuadro no puede ser más acabado; más que el de un ejército en guerra, parece el relato jocoso de una opereta bufa... Pero á ese cuadro le faltan muchos detalles.

De la indignación que causaban en Europa los actos de los carlistas, juzguese por lo siguiente.

En cuanto las autoridades de Bruselas supieron en Octubre del 74 que había llegado el famoso cura Santa Cruz, se apresuraron á ordenarle que abandonase la ciudad en el término de veinticuatro horas.

Meses más tarde y para eterno baldón de esa familia de bandidos con corona de talco, el ministerio del Interior de Alemania publicó el siguiente documento:

«Ministerio del Interior.

Berlin 23 Marzo 1875

El gobierno español, al comunicar el mandamiento de prisión del tribunal militar del distrito de Castilla la Nueva contra el infante D. Alfonso de Borbón y de Este, acusado de incendio, violación y asesinato, se ha dirigido al canciller del imperio, pidiéndole que haga prender á dicho infante, que se ha dirigido á Alemania, así que se encuentre en el territorio prusiano, y extraerlo para España en virtud del artículo 2.<sup>o</sup> números, 1, 2 y 3 del tratado firmado entre España y Prusia el 5 de Enero de 1869.

Los documentos que apoyan esta pretensión se fundan en las estipulaciones del artículo 5.<sup>o</sup> del tratado mencionado; por tanto invitamos á las autoridades provinciales y comunales á que prendan al dicho infante D. Alfonso quien, según los diarios, se halla actualmente en Viena, y á que nos den conocimiento del hecho. En este caso, tendrán especial cuidado de tener en buena custodia al infante hasta que el gobierno haya decidido la manera en que debe ser extraído del territorio prusiano.

No es necesario dar los señas del delincuente, en atención á que todas las autoridades de la frontera pueden, por precaución, proporcionarse informes de la llegada eventual del infante y de su esposa que lo acompaña.

El ministro del Interior, *Conde Eulenburg*.—El ministro de Justicia, firmado, *Leonbrdt*.

Al gobernador provincial de...

(Confidencial.)

Fué una verdadera lástima que no lo prendiesen en Alemania, con su digna es-



posa, y metidos ambos en una jaula, nos los hubiesen enviado facturados como fieras, para haber encargado nosotros á alguna de sus innumerables víctimas de exhibirlos por todos los pueblos de España.

¿Parece esto cruel? Pues ni aun así hubieran pagado la milésima parte de los crímenes que cometieron.

## Igual en todas partes

Leo en *La Democracia* de Villanueva y Geltrú:

«El predicador del novenario de ánimas en la noche del martes hizo un sermón muy modernista. tanto, que se habló de la última moda de los vestidos de las mujeres, de estos que ponen de relieve todas las hechuras interiores como si se pasearan desnudas.

Habló también de los pecados que hacen los hombres y mujeres en las oscuridades de los cinematógrafos y hasta de las gruesas consecuencias que acarrea á veces para las muchachas.

Con tan vivos colores retrató los cuadros el predicador, que no dudamos ni un momento, que de haber continuado con el mismo tema toda la semana, la iglesia hubiera estado llena de bote en bote todas las noches, pues no hay nada que guste tanto á las mujeres, y hasta á los hombres, como el oír hablar de los pecados comprendidos en el sexto mandamiento.

Suponemos que al día siguiente habrá tenido el predicador muchas mujeres á confesar con el objeto de ser interrogadas sobre los puntos tan delicados que tocó el predicador en la noche del martes.

La Iglesia no hay duda que adelanta.»

No me atrevo á censurar á ese predicador por su lenguaje un poquillo vivo en el púlpito. Si en el confesionario ha de verse obligado muchas veces á dar la nota realista, ¿qué inconveniente hay en que prepare á sus feligresas desde el púlpito?

Esto prueba que no quiere parecerse á los que en privado dicen una cosa y en público otra; lo cual, más que de vituperio, lo hace digno de toda alabanza.

## TAMBIEN MONEDEROS FALSOS

Hace algún tiempo publiqué en un diario de Barcelona un artículo demostrando que los jesuitas habían fabricado en Francia moneda ilegítima de oro y plata; describí con toda minuciosidad el registro que se hizo en su casa profesa de la calle de San Antonio, de París, y el proceso verbal que se formó con motivo del depósito de troqueles y monedas en el Parlamento de París, y copié al pie de letra el citado proceso, para que nadie pudiera dudar de la fabricación clandestina de monedas *jesuíticas*. También hablé de las trapisondas financieras del padre Tambini, muy ducho en hacer circular monedas á las que faltaban cinco ó seis gramos de oro, como se comprobó en los varios casos que alegaba en el artículo citado.

Ampliaremos hoy tan curiosa materia.

El año 1641 había en el colegio de Angulema dos jesuitas, llamados Cluniac y Marsan, que viendo que las viejas bodegas que estaban bajo las aulas cuarta y tercera eran muy favorables para sus designios, se levantaban de noche, cuando la comunidad dormía, y pasando por una ventana del refectorio bajaban al patio: de allí pasaban al aula quinta, y de allí por una ventana al jardín, en el cual había una puertecilla oculta que conducía á los subterráneos, en los que fabricaban moneda falsa con toda comodidad. Algunas personas supieron que los citados jesuitas empleaban á un escolar para que en su habitación hiciera hervir ciertas materias hasta que quedaban reducidas á la mitad; primero se sospechó que los citados jesuitas se dedicaban á la alquimia, pero como vieron un día en manos del P. Marsan un lingote de plata y discos del mismo metal, sin marcar todavía, sospecharon que fabricaban moneda falsa. A esto se agregó que un hermano coadjutor, llamado Jaime Becherel, declaró que el P. Cluniac había pasado todo un día en la Abadía de la Carona empleado en sacar de la arena, donde estaban ocultas, numerosas monedas de plata, nuevas y brillantes como recién fabricadas.

A los dos citados jesuitas se les hallaron en su poder gran cantidad de monedas nuevas; el colegial de que se servían en su tarea se llamaba Villanueva, natural de Rochefoucault, y era alumno de la segunda aula en 1641. El principal personaje que olfateó el asunto y los denunció al Padre Provincial Pitarel, fué uno de los patronos del colegio de Angulema, Mr. de Ronsay, que fué consejero del rey y gobernador de la Rochela; otro patrono del colegio llamado Guilhen enseñó al que quiso verlos los carbones y lingotes que los citados jesuitas tenían escondidos debajo de una de las tablas del suelo de la aula segunda. El Padre Rector Esteban Dunoyer y el P. Beltrán Valade desenterraron los martillos, sopletes, y otros instrumentos que los jesuitas monederos habían ocultado. Se procuró que el lance no trascendiera á los seglares, y los PP. Cluniac y Marsau fueron amonestados por sus superiores, porque parece ser que fabricaban la moneda para provecho propio, y no de la Orden, como hacía el P. Tambini.

Esto en la Compañía de Jesús no se perdona, pues todo ha de ser en provecho general del Instituto quedando anulado el particular, aunque esto se burla por los peces gordos de la Compañía, que previendo un día su expulsión del cuerpo por cualquier tontería, y habiendo visto los tristes ejemplos que han dado muchos padres que se han encontrado en el arroyo sin tener qué comer, como es prueba actual el P. Rojas que mendiga hoy por Madrid, procuran tener el porvenir asegurado con su capitalillo oculto y privado que utilizan en caso necesario, y sino se queda en poder del banquero, y nadie se ha enterado de nada, y menos que to-

dos la Compañía. El P. Sanz, si hubiera salido de la Compañía no se hubiera muerto de hambre, ni el P. Soldado, ni el P. Pedroso. Coloma, Fita, Garzón, Alarcón, y otros muchos, si hoy se salieran de la Compañía, no correrían la suerte del P. Rojas: han escarmentado en cabeza ajena, y tienen su buen bolsillo aparte.

Hacen perfectamente.

FRAY GERUNDIO

En un colegio clerical, el cura echándoselas de guasón:

—¡Mal, mal, Carlitos! A tu edad no decías yo tantas simplicidades como tú dices.

Y el niño, haciéndose el inocente, contesta:

—Pues entonces, señor cura ¿cuándo empezó usted?

EL REQUETÉ SE MURVE...

## UNA MANIOBRA EN OTOÑO

El anterior subtítulo, no es, aunque lo parezca, el de una lindísima opereta que la Compañía Granieri nos sirvió con su arte exquisito: no obstante aplicable á lo que á relatar vamos, bien pudiera figurar entre las más bufonescas y moviditas de su extenso repertorio.

Es el caso, y de ello creemos ya enterados á nuestros lectores, que uno de estos días pasados hubo de hacer su primer paseo la «brigada topográfica y telegrafista del requeté jaimista coruñés», y como quien hace algo, fueron saliendo de su Centro, uno, dos, tres hasta media docena de serafines anémicos, que á los destemplados acordes de un organillo vil, que amenizaba la marcha, fueron desfilando temerosos.

El «repórter» los vió salir en la creencia firme de que partían para algún santuario, aunque lo muy entrado de la estación redujese la expedición al próximo de la Gota de Leche. Picado por la curiosidad, seguí sus pasos, y al llegar á una explanada muy cerca á los desmontes de Santa Margarita detúvose la comparsa, y cautelosos, los que la formaban sacaron unas boinas rojas, que hasta entonces trajeran bajo la chaqueta por temor á un palo en mal sitio, y empezó el sainete que más abajo detallo, respondiendo en todas sus partes de la veracidad del argumento.

Se dividió la «fuerza» expedicionaria en dos grupitos. Uno de ellos se estableció con dos cañas de escoba, un aparatito muy semejante á una esquiladora. Supe después que era un heliógrafo, pero debe ser muy primitivo el pobre, porque tardó lo menos tres horas en funcionar. Se preguntó, por lo visto, si hubiera víctimas en la becerrada celebrada ese domingo en la Coruña, y se les contestó por los de *ad* que sólo fenecieran los cuatro becerros como ellos, supondrían, y que el *tancreto* resultara incólume. El *tancreto* es jaimista de oficio. No es mal dato para su alternativa. Ya se sabe: jaimista y hombre de cuernos, sinónimos.

El otro grupito sentóse sobre unas pajas y púsose á dibujar en sendos pliegos de papel; copió, según dicen, los contornos de las casas, tomando nota del número de cabezas de ganado, puertas



de salida, etc. Recomendando esto á los vecinos de aquel lugar. Hay que prevenirse para cualquier atraco. Por lo pronto, si falta algún cerdo, al centro jaimista por él.

Continuaron los bravos soldados sacudiendo unos trozos de percal de color y dando al aire las boinas, cuando sonó un pito: el del Jefe de la brigada que llamaba al rancho. Se sirvió éste, que consistía en un novillo de bacalao para cada dos plazas, mojado con agua del país y una aspiración de queso de postre. Hay que convenir que, como sobrios, lo son los caudillos jaimistas.

Terminado que fué el conato de almuerzo, se arrodilló la brigada topográfica y telegrafista, y un monaguillo de Santa María que acompañaba á los esforzados guerreros, musitó una oración. Cuando más intensa era la salmodia, un cazador que deambulaba cerca descargó su fusil, y fué imposible al repórter seguir al batallón. La velocidad de un cañonazo Schneider es caldo de tortuga comparado con la que adquirieron las piernas de los soldados. En cinco minutos llegaron al Centro, y allí subieron en tropel, jadeantes y con el pánico más horroroso á bordo.

Los esperaban unas cuantas socias y media docena de correligionarios, que los acogieron cariñosos, y con un poco de tila reaccionaron los buenos cabecillas. Más tarde se hizo baile en acción de gracias por haber salido ilesos de la feroz hazaña; se cantó una jota, se marcó algún *agarrao* reconfortante y se entró en calor con una botella del Rivero.

A las nueve de la noche reposaban en sus lechos los distinguidos y animosos soldados. Su capitán, un hombre muy guapo por cierto, me anunció que en breve emprenderán una campaña de conquistas y batallas en holocausto de la santa causa. Parece ser que se pretende dar un tremendo asalto á la Cocina Económica. Ve remos lo que ocurre. Desde luego que con tales soldados se puede hacer cualquier barbaridad.

UN PEQUEÑO REPORTER

*Acción Republicana.* (Coruña).

## El deporte de la Beneficencia

Conozco un pueblo en que la mayoría de las damas de alguna posición se pasan buena parte de su tiempo en eso que llaman la «Conferencia», arbitrando recursos para los necesitados y visitando á los pobres, dedicadas á la Beneficencia. Es su manera de divertirse, que á las veces combinan con otras diversiones, ideando rifas, kermesses ó funciones de teatro en beneficio de este ó del otro asilo. A esto llaman caridad y de esas damas se dice que son muy caritativas. Y luego de haber conocido la especialísima é incardinativa caridad de esas señoras, he leído en las «Armonías y Rebencazos» de Abul-Bagi, lo que este sincero y ardiente patriota argentino dice en el artículo titulado «Analogías» sobre la Sociedad de Beneficencia, viviendo del producto del juego y manteniendo lujos y vanidades.

Yo no sé directamente lo que ahí pasa con esas sociedades en que bajó el mando de la caridad religiosa, las mujeres juegan á la Beneficencia, pero sé que aquí le exigen á un pobre hambriento la cédula de comunión antes de satisfacerle el hambre, que en los asilos hay ancianos que en

ferman porque las monjas les obligan á levantarse temprano para ir á misa, y que las Hijas de María, las Vicentinas ó las Beatíficas retiran el litro de leche ó el kilo de pan á aquel ó á que la en quien descubren que no cumple cristianamente con la Iglesia. Y no es raro que pongan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia por encima de los mandamientos de la Ley de Dios y estimen que dejar de oír misa es pecado más grave en una criada que no el mentir ó el sisar á su señora.

Y estas señoras tan benéficas, tan presedentas ó secretarias de esta ó la otra Sciedad, estas señoras tan adornadas con las virtudes todas del hogar, descubren su falta de caridad cuando se trata de juzgar los derechos ajenos, de sufrir con paciencia las flaquezas de sus prójimas, de tratar con quien hubiera incurrido en eso que se llama un desláz.

Cuando hay alguna reunión á que concurren señoras suele haberlas que envían al criado á informarse de si llegó alguna ya, porque no ha de ser una la primera en llegar; no hay que llamar la atención de esa manera. Y á conferencias, meetings y reuniones análogas, no va más de una señora que tendría gusto en ello, porque no van las demás. En cambio, se pone en moda una devoción tan ridícula, tan ñoña y tan pueril como la de San Expedito, v. gr., y allá van nuestras honradas ciudadanas á infantilizar su espíritu con memeces «á la dernière».

MIGUEL DE UNAMUNO

## MINIATURA

¡Dichoso el que no tiene pan ni abrigo,  
y libre de quehaceres y cuidados  
los trunchos saborea con delicia  
y duerme á pierna suelta en cualquier banco!  
Y en tanto los mimados de la suerte,  
faltos de sueño y de apetito faltos,  
no aprecian los manjares y padecen  
en colchones de pluma insoportables largos!

Tal es la idea vulgar. Con ella  
se han lucido en el mundo muchos sabios,  
se han escrito novelas importantes  
y se han hecho poemas en tres cantos.  
Pero no lo creáis. ¡Esas son voces  
que hacen correr los hartos  
para que no les pidan los hambrientos  
su parte de colchón y de guisado!

SINESIO DELGADO

## CUENTO

### El Inmenso

Y Juan no quiso ir á la guerra. Juan abrazó á su padre, besó á la anciana y salió camino adelante.

Juan, el buen Juan, incapaz de dar muerte á un mosquito, no quiso servir al rey. Corrían voces de aventuras guerreras, la patria andaba envuelta en planes ambiciosos, y él no quiso alistarse en las filas. Por algo el padre cura le había enseñado los mandamientos. El padre cura le había dicho: «No matarás.» «Amarás al prójimo como á ti mismo.»

Juan salió del pueblo, pueblo donde había un castillo todo en ruínas, habitado en épocas pretéritas por señores á los que

Juan atribuía hazañas de brujos, y fué camino de la ciudad.

Por el camino, Juan pensaba: «Solos quedan mis viejos en el viejo solar. Hay en la despensa reservas para su condumio. Poco comen los pobres y para un año tienen. Pero con mi falta nadie arará el terruño, nadie llevará á apacentar el ganado, nadie cuidará la casa, ni encalará los muros, ni pondrá en su puesto á las tejas que se quiebren. Vendrán lluvias que llenarán el suelo de goteras. Asaltarán la troje los gorriones. El ciénago llenará el pozo y pasearán tranquilos los lagartos»...

Hundirás la casa, pensaba Juan, hundirás la casa, pero yo no mato á nadie.

Juan, que como campesino era receloso, llegó á la ciudad. En la ciudad supo el buen Juan que le llamaban desertor. Desertor ante el enemigo era ser infiel á su patria. Y aquí empezaron las dudas de Juan.

Juan creía ser amigo de su patria haciéndola grande. Como campesino con nadie sufría comparaciones. En cuantos concursos fué ganó siempre los primeros premios. No había trigo dorado como su trigo, ni fruta lozana como la de su huerta, ni ganado rollizo como el de su corral. Juan era un modelo de campesinos. Por eso Juan no quería ser soldado. Juan supo que por mal patriota le perseguían, y Juan cambió de nombre.

Juan, aunque campesino, leía. En una esquina, entre carteles donde triunfaba el nombre de una bailarina, vió un pasquín que decía: «Ciudadanos: Ha llegado la hora de la libertad. Acudid todos.» Y Juan acudió á un teatro donde hablaron unos señores en tonos enérgicos y fusilandos. A Juan le dijeron que las leyes se hicieron para los pobres. Le demostraron que el que trabaja muere en el hospital y el que tiene ideas en presidio. A Juan le hablaron de los derechos del hombre de la cultura, de los hombres, de la libertad del hombre, del respeto á las ideas, de la grandiosidad de la anarquía, y Juan se hizo anarquista.

\*\*\*

Juan ya era anarquista. Un anarquista romántico, capaz de besar con ósculo de paz la cara de sus enemigos. Juan paseaba por la ciudad y veía palacios. Juan creía que sus moradores debían labrar muchas tierras para tener casales semejantes. Juan pensaba en su solitaria casona amasada con su sudor, y quedó asombrado cuando supo que aquellas casas eran el refugio que ahora tenían aquellos señores del deruido castillo á los que él atribuía hazañas de brujería.

\*\*\*

Juan cayó enfermo y fué al hospital, de donde salió más enfermo todavía. Al hospital le fué á visitar un caballero que también le habló de paz, de caridad y de amor. Era un caballero panzudo, sonriente y elegante, como los que habitaban los grandes hoteles. Al salir del asilo, Juan supo que aquel señor también era anarquista. Y Juan quedó estupefacto al ver que había anarquistas tan elegantes.

El protector llamó á Juan á su casa y le habló de empresas temerarias. La humanidad estaba en peligro y era necesario destruir. Habían de tomarse medidas enérgicas y Juan era necesario. Juan contestó que él no había querido ser soldado...

\*\*\*

Pasó el tiempo y Juan tuvo hambre. Supo que sus padres murieron como pe.



rras; que su casona se había derruido... Juan tuvo hambre y fué á visitar al caballero amigo. El caballero amigo ya no era anarquista. El caballero amigo vestía levita y no se acordaba de su antigua chaqueta. Juan pidió tierra para labrar y el caballero le incitó al crimen. Juan se oyó llamar antipatriota. Juan oyó cómo el caballero quería delatarle. Juan salió rabiando. Juan era un perro. Juan tenía hambre y Juan mordió. Juan puso una bomba.

La bomba de Juan conmovió la política. Fracasó un Ministerio y el caballero amigo de Juan fué ministro.

Juan sabía de una ciudad-luz, una ciudad-cerebro, donde estaban todas las ideas y todas las libertades. Ciudad asilo de locos sublimes era la ciudad soñada, y Juan fué á París.

La ciudad de las locuras tuvo un chiste, una gracia y una cuchufleta para el emigrado. En la gran ciudad supo Juan de vicios y truhanerías. Vió que él era solitario. Vió que la locura es la única niveladora de los hombres, y Juan vió que la gran ciudad era un manicomio.

Juan no podía resistir el espectáculo. Pasaba un coche con carne de pecado y caía de un andamio un obrero que dejaba su cráneo en el pescante. Veía en el Sena cómo sudaban los cargadores y cómo los desocupados, manoseando mujeres, les escupían en el cogote. Y luego todos, los compañeros del muerto, la viuda, los hijos, los cargadores y los que escupían, todos bebían en el mismo cántaro y dormían en el mismo lecho de la misma mancebía.

Pero Juan era anarquista romántico capaz de besar con ósculo de paz la cara de sus enemigos y Juan quiso besar á todos para hablarles de paz. Todos rieron de Juan porque no olía á vino ni refa. Juan siempre estaba serio. Juan sabía la tragedia del Gólgota y Juan decía que la vida es trágica.

Un día una mujer se acercó á Juan y le ofreció amores. La mujer de Juan era un montón de podre con traje de seda. Juan habló á la mujer y le afeó su locura. Juan habló de la utilidad de la vida. Juan dijo á la mujer: Tú eres momento porque tú eres vicio. Tú has de ser madre para ser santa. Vives hoy y corres en esta vorágine de impudor. Lucas, corres, ríes y mañana morirás con el puñal de tu amante, en la cama de un hospital ó bajo el arco de un puente y esta danza seguirá ruidosa, ocupando otra tu sitio en la calle, en el café y en la cama. Has de ser mujer y dejar de ser máquina...

Y la mujer contestó: ¡Qué bella es la luna!

Marchó riendo la mujer á los brazos de otro momento y á Juan le pareció que reían todos. Juan era un solitario en la inmensidad. Juan era inmenso porque quería ser eterno. Juan comprendió que él no era hombre; su vida era un sueño; las gentes muñecos que estaban para aleccionarle. Juan creyó que en la tierra no había hombres y pensó en otra vida.

Juan, como loco, empezó á correr hacia el misterio. Llegó á un puente que en la paz de la noche parecía un altar. Abajo corrían las aguas del Sena. Juan miró y habló como un apóstol de soñados ideales:

«Aguas, cielo, noche, estrellas que sois

eternas porque sois constantes. Yo quiero ser eterno, inmenso como vosotras. Yo quiero aprender las cosas que no terminan nunca. Toma, madre inmensidad, mi abrazo de hijo y de hermano.»

Y Juan cayó al agua, y en la sagrada obscuridad de la noche se oyó un beso que hizo temblar á los cielos y á la tierra.

\*\*\*

Y así acabó Juan, El Inmenso, mientras la autoridad pascaba en las calles largas, dormían los gobernantes en el lecho, cantaban á la luna los canallas y un sacerdote decía en el templo: Paz á los hombres de buena voluntad.

AMICHATIS

París.

Sin los utopistas de antes, los hombres vivirían aún miserablemente y desnudos en cavernas. Son los utopistas quienes han trazado las líneas de la primera ciudad. Hay que compadecer al partido político que no terga sus utopistas. De los sueños generosos salen las realidades bienhechoras. La utopía es el principio de todo progreso y el diseño de un porvenir mejor.

ANATOLE FRANCE

## PROPAGANDA EN LOS CAMPOS

El caciquismo, el clericalismo, todos los vicios del actual régimen político, van desapareciendo poco á poco de la ciudad y concentrándose en los pueblos del interior, á donde no llega la saludable propaganda de las ideas modernas, donde los hombres se conforman pacientemente con su condición, por creer que nada valen sus energías, sus protestas, si unas y otras se dirigieran á mejorarla.

Un fatalismo erectorador preside todos sus actos. ¿Por qué haces esto...?—se les pregunta.—Porque lo hizo mi padre—contestan. Sus conciencias se mantienen atadas á los erróneos principios que amantaron las primitivas doctrinas. Aun en las más insignificantes manifestaciones de su vida, se revela un desmedido apego á lo viejo, á las cosas ya pasadas y ya deshechas por la incesante renovación de los tiempos. Para ellos no existe el presente, ni existirá lo futuro aparejados al progreso... ¡El ayer...!

El ayer de que habla el cura desde el púlpito los domingos, enardecido por el fanatismo de sus convicciones. El ayer lleno de cuentos infantiles, que entretuviera la imaginación de nuestros remotos antepasados. El ayer misterioso, que nace con la primera religión y adquiere colorido y toma forma con la aparición del cristianismo, grande, hermoso en sus comienzos, pequeño, corrompido en la actualidad.

El cristianismo, siguiendo las modificaciones que sugiere el progreso, el cristianismo como origen del socialismo práctico, es algo que merece nuestra aprobación, nuestro beneplácito. Pero adaptado á cánones de la Iglesia y he-

cho por la Iglesia incompatible con las doctrinas modernas, obstaculiza el desarrollo de éstas.

Bajo esta última forma lo predicán en el púlpito los ministros de Dios. Al mismo tiempo que lo elogian, con los más hermosos alardes de su conmovedora oratoria, censuran las corrientes societa-rias del proletariado y defienden los privilegios de las clases adineradas.

Partiendo de las teorías fabricadas en la penumbra de una celda, por seres que se han desposeído de los derechos humanos para compenetrarse y beber en los divinos, condenan con voz iracunda el movimiento libertador de los antiguos *parias*, sacando á relucir, de vez en vez, en apoyo de sus palabras, algunos versículos del Evangelio.

Esto que ya no hace mella en las ciudades, ungido por la paz del templo y por los hábitos del cura, que mira con ojos lacrimosos al crucifijo del altar mayor, solenne, de una solemnidad trágica, llega al corazón de los oyentes, haciendo nacer en ellos el odio hacia los que, por burdos silogismos de la Iglesia, remachan los clavos de Cristo, hacia los propaladores del nuevo credo.

El clericalismo, combatido por el régimen republicano y socialista, se escuda en la monarquía, defendiendo todo lo que ésta defiende y atacando todo lo que ésta ataca. Los vicios políticos y económicos de la monarquía se convierten en virtudes al pasar por el púlpito. Y si alguno enseña su *pus*, á todas las inteligencias, por toscas que sean, se predica la estúpida, la inverosímil resignación. La resignación de Cristo en sus cruentos martirios, como si Cristo no fuera el que dió el primer grito de rebeldía contra las injusticias que ahora defiende la Iglesia!

Esa propaganda debe tener contestación en la nuestra, en la de los jóvenes federales. Hay en ella ataques para lo que defendemos y defensas para lo que atacamos.

JOSE GARCIA Y GARCIA

## DISERTACIONES

Don Jaime, el conquistador.

Los señores afiliados á la causa de don Jaime—heredero de aquel orondo prócer que aderezó sus sueños de ambición con sangre fraterna—están alborozados con su reciente adquisición. Se empuñan los jaimistas en que cuentan tácitamente entre sus filas á un varón insigne, de seco rostro, de espesas barbas y arbitrarios lentes, urdidor de famosas historias de nobles damas caídas en pecado mortal, por obra y gracia de cabaleros cínicos, aventureros y galantes, como algunos pícaros abates que guardaba la corte del Rey Sol.

Los jaimistas no caben de gozo en su pellejo, y es de suponer que á estas horas ya habrán pedido albricias á su jefe por la importante adquisición. Pero dudamos que D. Jaime se las haya dado, pues bastante tiene el hombre en qué pensar estos días



con el juicio á que fué demandado por una su criada, que, á lo que se ve, salióle respondona. D. Jaime—según dicen malas lenguas, entre otras la de la propia interesada—sintió debilidad por una fresca moza que tuvo á su servicio, y en un momento de exaltación—¡oh, loca juventud!—olvidóse de su alto rango y de su seriedad de pretendiente y cometió un desaguiado con su cocinera, dejándola en situación de ser regente el día que plugue á Dios arrebatar la preciosa vida del hijo de D. Carlos. La cocinera, como buena madre, quiere asegurar los derechos del heredero. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir el día de mañana!

Pero volviendo al asunto de esta disertación, el ingreso en el jaimismo del gran teólogo de amor, es posible que acarree graves y transcendentales conflictos al partido, que siempre tuvo por principal divisa la obediencia á los santos mandatos de la Iglesia católica y que vivió hasta aquí dentro de la ortodoxia más pura, á lo cual debió la mayor parte de sus fuerzas, dicho sea de paso y sin ánimo de molestar á nadie. Y digo que puede acarrear al partido transcendentales conflictos la entrada del catecúmeno, porque resulta que es un protervo pecador que á tiempo entregó su alma al señor Pedro Botero para que se sirviese hacer de ella lo que estimase más conveniente.

¿Creeis, pues, que un hombre de estos antecedentes pueda hermanar con la proverbial bondad evangélica de esos ingenios menestrales que sueñan todas las noches con flamantes uniformes de coroneles ó generales? Ese hombre protervo asustará á los espíritus piadosos y les hará huir despavoridos.

No ha mucho que un semanario jaimista que ostenta un título en vascuence pareció á un grito de guerra, publicaba, como preciado galardón, una poesía del hombre extraño de las barbas espesas y de los quevedos arbitrarios. Y, como contraste curioso, un reverendo padre jesuita—Ladrón de Guevara—, de ilustre prosapia, ha puesto frente los ditirámicos elogios de los jaimistas, tremendos anatemas para el nuevo afiliado. Ved lo que dice: «Es de malas ideas y grandemente deshonesto, propagador de invenciones escandalosas...» Y luego, juzgando una famosa narración que tiene cuatro partes rotuladas con el mismo título genérico, escribe estas expresivas palabras: «No sólo el asunto es de mucha lujuria, sino que el modo de tratarlo es en extremo provocativo. Además, tiene un tinte volteriano.» Mas lo hasta aquí transcrito es una pequeñez comparado con lo que el perspicaz jesuita dice al analizar otra obra. Escuchadle: «También es deshonesto. Todo es de un famoso misticismo diabólico, lujurioso, blasfemo, repugnante. Salen para el descrédito cosas y personas sagradas. Mezcla el autor lo santo con lo profano y deshonesto... Lenguaje cinico á veces, y otras de una baja repulsiva... Es uno de esos amadores de escándalos que tienen gusto en propagarlos, que en tan infame oficio emplean sus talentos y esclavizan y rebajan para ello la lengua castellana.»

Refiérese el reverendo padre á la donosa historia en que cierto peregrino, llevado de perversos apetitos, persiguió á una pastora candorosa que defendía el templo de su pecho cruzando sobre él las manos blancas, como dos palomas asustadas. Aquel pícaro peregrino, ducho, sin duda, en estas lides de enamoramiento, supo en-

cender en el corazón de la pastora sensuales llamaradas de misticismo, hasta que logró rasgar entre sus manazas de oseño hambriento la pobre flor de santidad.

Esta historia milenaria en una zagala que se entrega á un peregrino en el calor propicio de un establo, creyendo en su inocencia que sacrifica su pureza á Dios mismo, es, en efecto, algo diabólico, de una perversa lujuria, hecho para descrédito de personas y de cosas muy respetables.

De ahí los anatemas lanzados por el reverendo jesuita. Pero estos anatemas caen de plano sobre los jaimistas, que se enorgullecen de tener entre ellos al cinico escritor que, como aquel descreído marqués de Bradomín—su hijo espiritual—después de dejar recuerdos de su paso por palacios y conventos, herido en la sinietra mano, creyó que su vida ya no podía tener otro fin que el de hacer poética su manquedad con el aroma de sus años mozos.

¿Cómo es posible que gentes tan temerosas de Dios, tan fieles guardadores de los mandamientos de la Iglesia puedan dar albergue en sus filas al empecatado confesor de princesas?

El ejemplo de D. Jaime ha hecho en sus devotos el efecto de una clarísima revelación. Y atónitos de admiración, acaso se dispongan á secundarle, en beneficio de la causa. Sólo así nos explicamos sus entusiasmos por el hombre que tan gentilmente narró las famosas hazas de aquel ilustre prócer, de aquel marqués de Bradomín, paladín incansable del carlismo, que tantas veces supo hacer sacrificios en aras de sus ideales.

J. BARRIO Y BRAVO

HOJAS DEL DIARIO DE UN LOCO

## Prolegómenos á una campaña

Nuestros jóvenes, sin distinción de clases ni colores, tienen un pobre concepto de la hombría. Más que en nada, traslúcese esta misérrima interpretación en sus conversaciones íntimas, de *peña*. La pornografía, la obscenidad más grosera impera y preside todas sus charlas. Juzgan cada frase torpe como una hombrada, cada nueva divulgación de un favor femenino, las más veces inventado, como un blasón nuevo de gran peso en su reputación de manebos desenvueltos.

Desde el humilde hortera, que usa impermeable *kaki*, al potentando barbilindado, tienen su tertulia en donde despotrican á más y mejor. Las zalagardas que allí se entablan contra la moral y el sentido estético son espantosas.

Yo no he podido estar jamás en una reunión de jóvenes donde á los pocos minutos no saliesen á relucir conversaciones de prostíbulo y degeneraciones del hampa. Y sus obscenidades son, para mayor desdicha, tan hediondas, tan poco donosas como los mimos de una meretriz ajada que para conquistarlos imitase el ceceo de las niñas.

Si protestáis, si les echáis en cara su defecto y su gusto detestable, interpretarán vuestras razones torcidamente: os juzgarán un timorato infeliz.

Y es que esas pobres gentes confunden miserablemente las cosas.

Ser hombre no es decir groserías y prgonar favores; no es tampoco excitarse y

prorrumpir en requiebros al paso de una hembra opípara. Ser hombre es algo más: es saber llevar dignamente los atributos de la masculinidad, sin alharacas ni ostentaciones; conocer la santidad augusta de la cópula y rendirle pleitesía y veneración, una veneración honrosa que no excluye las vehemencias y voluptuosidades infinitas de la sangre joven. El verdaderamente creyente de la religión de la carne, no baldona la función creadora, arrastrándola por las mesas del café ó las tertulias del casino; levanta á sus ídolos un altar inexpugnable en su alma, y juzga profanadora y sacrilega la indiscreción más leve.

Si el prosélito de la santa lujuria austera es un poeta, cantará sus ansias ahogadoras en tiernos madrigales, en selectas endechas de gran ternura; pero no hará de sus pasiones romances que sean carnaza para la turbamulta de plazuela. Si es un músico describirá sus nostalgias en melodías de erotismo magnífico; muy ruines serían sus sentires si pudiera traducirlos en un garrotín ó una matchicha de esas que se pegan al oído. Cualquiera que sea, si es artista, refinará los recursos de su expresión, y si no lo es, cuando menos tendrá acatamientos y respetos de devoto.

Esos otros que todo lo enlodan con su baba asquerosa no son hombres, son semi-eunucos que necesitan la excitante conversación de un día entero para *ponerse en celo*. ¡Infelices cretinos! Para ellos ese acto transcendental, ante el cual nosotros, los verdaderos lujuriosos, quemamos incienso como ante las aras de los dioses, no es más que una función fisiológica que proporciona un placer más intenso que las cosquillas. ¡Qué estupenda aberración la de estos pobres malsines! ¡Y qué falta está haciendo un caballero andante que lance en ristre y adarga al brazo, se lance á la palestra á desfacar bellacos!...

Lectora: Lector: Siento en mí la sangre de Alonso de Quijano... ¿entiendes? Mis armas son estas líneas desmañadas. Con ellas tundiré fieramente las hipocresías y los descaros Tartufos y deslenguados, llevarán igualmente su merecido. Voy á ser candente en la frase; si eres timorato no me lo as.

Pero... ¿habrá algún ofuscado que se deje comer de la gangrena por miedo al escarpelo?...

JULES ZADIG

## La brujería en Barcelona por "Fray Gerundio"

Precio: una peseta.

## CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakena.



# Los Papas

POR  
ROBERTO ROBERT

plea la Iglesia cuando carece de los tres institutos de infantería, caballería y artillería.

Para evitar el escándalo, que es grave pecado, el prudente Pontífice hizo fijar de noche en las esquinas de Roma la bula de excomunión contra el usurpador, lo cual dió motivo al bárbaro soberano intruso para aquel impio epigrama, de que si los cañonazos no alcanzaban de París á Roma, tampoco alcanzaría la excomunión de Roma á París.

Burlas de descreídos.

La bula del Papa Pío VII venía á ser un compendio de los fundamentos de la fe y una piadosa excitación á todos los sentimientos cristianos.

Se suplicaba al pueblo que se rebelase en favor del Vicario de Cristo; se le enseñaba á distinguir entre el asesinato y la justa extirpación de la vida de los herejes; se manifestaba á los romanos que, como al fin y al cabo no habían de llegar á santos, bien podían dedicar un rato al derramamiento de sangre, con tal que fuese de franceses; y en fin, se les daban las mejores instrucciones espirituales para lograr que recobrase el Papa sus bellas temporalidades; sólo que la bula lo decía con mucha más propiedad y corrección que este libro.

Mas en el pueblo romano se había entibiado de tal manera el amor á sus Pontífices, que fué sordo á su voz, y el pabellón de San Pedro fué hecho trizas y la bandera tricolor ondeó no solamente sobre la famosa Basilica, sino sobre el edificio donde se hallaban las oficinas del Tesoro.

Napoleón fué un sol de genio con una pequeña mancha de estulticia.

Quiso atribuirse, siendo laico, aquella omnimoda autoridad que sólo es compatible con el Pontificado, y cayó, y su espantosa catástrofe fué causa de que el Papa católico recobrara el patrimonio de San Pedro.

Pío VII, que había padecido los amargos pesares del destierro ni más ni menos que un demagogo de nuestros días, volvió triunfante á Roma; abrieron los templos otra vez ornados de su majestad y pompa, y con cánticos divinos celebró la Iglesia el renacimiento del principio de autoridad, tan necesario, tan indispensable para que el alma inmortal impere como señora en el cuerpo vivo perfeccionado al extremo de equivaler al cadáver.

Después de Pío VII la dominación de

los Papas ha sufrido un rápido cambio; ha ido mermando á ojos vistas, por supuesto con gravísimo detrimento de la fe.

El año 1830 fué terrible para el principio de autoridad; y si Austria no hubiese sido entonces una hija amorosa de la Iglesia, es de temer que el Pontífice Gregorio XVI habría tenido muchísimo que llorar.

El gobierno francés tuvo la audacia de pedir al gobierno pontificio que introdujese en sus Estados algunas reformas impías, es decir, liberales, así en lo administrativo como en lo judicial.

El Pontífice, turbado en medio de mil tribulaciones, prometió; pero después lo pensó mejor, y antes de sacrificar la augusta tradición y consentir que se acostumbrasen sus súbditos al pérfido halago de la corruptora libertad, se desdijo de lo dicho y dejó de cumplir su promesa.

De la conducta de Gregorio XVI dedujeron los materialistas claramente que el gobierno de los Papas era incompatible con las instituciones liberales; pero en vez de ilustrarse con el conocimiento de esta verdad y renunciar á todo progreso y á esa barbarie moderna llamada civilización, se empeñaron en lo contrario y quisieron reducir el gobierno de Dios á los mezquinos límites y á los extravíos de las constituciones políticas que apestan el Occidente.

¡Dichosa Turquía, que aún nos presenta el sabio maridaje del gobierno espiritual y el gobierno temporal, donde ese supuesto progreso encuentra á cada paso un nuevo y poderoso obstáculo en el dogma, en la tradición y en la fe!... Porque ¡cosa admirable!, la fe, con tal que sea verdadera, aunque se tenga en Mahoma, es el auxiliar más poderoso de la felicidad de los Pontífices, que es la misma de los pueblos.

Los Estados romanos estaban pervertidos: apenas los austriacos acababan de trasponer sus fronteras, volvían á sublevarse, y tenían que volver las buenas bayonetas á persuadir á aquellos pueblos de la excelencia de los Pontífices, como hoy lo hace el piadoso chasseur.

Los falsos gobiernos temporales abusaron mucho de la crítica situación del Padre Santo, y Francia, so pretexto de que los austriacos no tenían derecho á ocupar á Ancona, metió sus tropas en las Rumanías; de suerte, que en vez de uno fueron dos los ejércitos que ocupaban por menguadas causas políticas los Estados casi espirituales del Papa.

Triste situación que se prolongó hasta 1838.

Entretanto, el giro de masas iba escapeando; ya el rosario iba pasando á la condición de frívolo pasatiempo familiar en vez de ser solemne fiesta pública.

En España, la hez del pueblo había

quemado conventos y arrojado á las comunidades religiosas, cuyos más doctos personajes iban de pena en pena y de riesgo en riesgo estremeciendo los corazones sensibles con sus lamentos y trabucazos, porque solían disparar para que se desvaneciese la niebla del liberalismo que nos envolvía.

El Papa, á fin de evitar que sus súbditos se corrompiesen con el contacto de los malos, desterraba anualmente algunos centenares de éstos; pero como la epidemia de libertad se padecía en toda Europa, se contagiaban los desterrados á donde quiera que fuesen.

El principio del Pontificado es sencillo y claro como el sol; ya se ve, como que es obra de Dios mismo.

Bajo su apacible régimen, los súbditos no tienen más que obedecer.

Los hombres, empero, desde el pecado de Adán acá, desconocen la bondad y sencillez de ese sistema, y por todo el mundo andan buscando mil complicaciones para gobernarse á sí mismos; delirio insano que es la causa de todas nuestras desdichas.

Los impíos, con tal de no obedecer al Papa, discurrían los más absurdos planes de gobierno, y toda Italia hervía en políticos, destituidos, por supuesto, de razón y de carácter sacerdotal.

Unos soñaban con una confederación de príncipes italianos, seglares; otros querían resucitar la república unitaria; querían fiar el gobierno de la Península al soldado que más gloria adquiriese en la sacrilega lucha que trataban de emprender contra el Pontífice.

Contra todos estos absurdos se levantó la voz de un sacerdote, que, para conciliar el patriotismo italiano con los intereses del cielo, propuso inspiradamente la idea de la unidad de Italia, bajo la soberanía del Papa.

Los romanos se quejaban de lo que pesaba sobre ellos el gobierno clerical; ¿pues tenían más que repartir aquel peso entre todos los italianos, y les habría tocado mucho menos á cada uno?

La idea fué acogida con gran entusiasmo.

Bastaba afeitarse la coronilla para sentirse alentado por las más jubilosas esperanzas.

La obra de Gioberti, que así se llamaba el restaurador de la idea de los Güelfos, hizo abrir de admiración innumerables bocas sacerdotales, y el Pontífice mismo, maravillado de aquel proyecto, dió una prueba patente del efecto que le había producido.

Se murió de regocijo.

(Concluirá).

IMPRESA DOMINGO BLANCO.—LIBERTAD